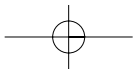
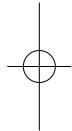
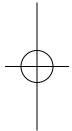
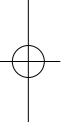
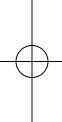




Cuentos espirituales del
Himalaya





Diseño de portada: Pau Maymo Puig

© de la edición original
Ramiro Calle

© de la presente edición

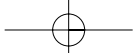
EDITORIAL SIRIO, S.A.	Nirvana Libros S.A. de C.V.	Ed. Sirio Argentina
C/ Panaderos, 9	Av. Centenario, 607	C/ Castillo, 540
29005-Málaga	Col. Lomas de Tarango	1414-Buenos Aires
España	01620-Del Alvaro Obregón	(Argentina)
	México D.F.	

www.editorialsirio.com
E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 84-7808-447-9
Depósito Legal: B-27.272-2004

Impreso en los talleres gráficos de Romanya/Valls
Verdaguer 1, 08786-Capellades (Barcelona)

Printed in Spain





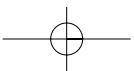
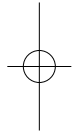
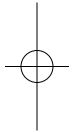
Cuentos espirituales del
Himalaya

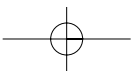
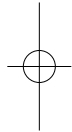
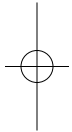
Ramiro A. Calle

editorial irio, s.a.

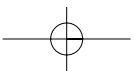
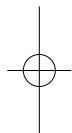
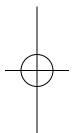
*Para mi buen amigo el doctor Jesús López,
con admiración y gran afecto.*

R.C.





Mi agradecimiento a la profesora de yoga Isabel Morillo, que me ha ayudado a recuperar y traducir buen número de los cuentos espirituales vertidos en este volumen. Estoy muy agradecido a Miguel Hernán (director del programa de Radio "Voces que dejan huella") por su valiosa contribución a la difusión de las sabidurías tradicionales de Oriente. Mi gratitud a mi amigo indio Kuldeep Singh (director de la agencia de viajes "Hi-Lander", de Shimla) por su colaboración en mis viajes por Himachal Pradesh. Mi agradecimiento y cariño para mis antiguos alumnos y amigos Enrique Álvarez y Publio Vázquez, que comparten conmigo el entusiasmo por la sabiduría india.



Introducción

Desde muy antiguo esos impresionantes parajes del planeta que conocemos como los Himalayas, han sido tierras de eremitas, renunciantes, sabios, anacoretas, *sadhus*, grandes meditadores y maestros espirituales. Sin embargo, las cosas ya no son ni mucho menos lo que eran e incluso las localidades más santas de estas soberbias y reconfortantes latitudes han perdido parte de su carácter. Durante milenios, en esa sucesión de montañas y valles se han ido transmitiendo las más sublimes enseñanzas místicas, que se han perpetuado incesantemente y parte de cuya propagación se ha ido efectuando directamente de maestro a discípulo de manera oral, aunque también se ha contado con textos valiosísimos que recogen doctrinas y métodos sumamente importantes. He viajado incansablemente por estas tierras, en especial por los Himalayas indios, que he recorrido en las más diversas direcciones, visitando ciudades, pueblos, monasterios, ashrams (comunidades espirituales), santuarios sagrados y lugares de peregrinación, habiendo entrevistado también a un gran número de *sadhus*, eremitas, monjes, yoguis y renunciantes de distintas tradiciones. De este modo, he podido "recuperar" también muchas historias espirituales, cuentos místicos y narraciones impregnadas de sentido metafísico.

Los cuentos espirituales se han utilizado en las más diversas tradiciones místicas tanto de Occidente como de Oriente, y de manera más considerable dentro del hinduismo y, por tanto, en la India, si bien después se han ido propagando por las más distintas latitudes y han perdurado a lo largo de milenios. Encontramos estos


Cuentos espirituales del Himalaya

cuentos en muy diversas épocas, tradiciones y países, a veces con algunas diferencias o incluso el mismo cuento con distintas versiones. Los diferentes sistemas filosófico-religiosos y las enseñanzas liberatorias los han ido incorporando a la enseñanza como instrumentos de transmisión de conocimiento y como "detonantes" para desplegar otros tipos de percepción, comprensión y entendimiento. De hecho, muchos de estos cuentos, como las parábolas y símiles de los grandes maestros, admiten distintos niveles de entendimiento, de acuerdo con el grado de madurez del aspirante. En cualquier caso, han sido siempre una relevante fuente de inspiración. Los maestros de muchas tradiciones se han servido de ellos para transmitir, de un modo más concreto y a la vez más sutil, las más preciadas enseñanzas espirituales, porque muchas veces estos cuentos expresan en pocas palabras mucho más que tratados completos al respecto. Muchos de ellos son un tema excelente de reflexión y de meditación; otros disparan la intuición o giran la mente y le ofrecen otro modo de ver y percibir; otros facilitan actitudes para la vida cotidiana o están cargados de una gran sabiduría que hay que percibir y desentrañar. Asimismo, la mayoría de estos cuentos apuntan a realidades que están más allá de los conceptos y la lógica ordinaria, puesto que los maestros saben que el pensamiento, aunque tiene que ocupar un lugar en nuestras vidas y hay que aprender a utilizarlo sabia y conscientemente, es insuficiente para captar las realidades de orden superior. Parte de ellos insisten en la necesidad de cambiar la actitud interior, porque es el único medio para modificar nuestro proceder. Exhortan al despliegue de la ecuanimidad, la firmeza mental, la compasión, la armonía y las buenas relaciones con uno mismo y con los demás, incluidos los animales, que a menudo se constituyen en los grandes protagonistas de estas narraciones, algunas de ellas no solo repletas de sabiduría, sino también de un gran sentido del humor. Todos estos cuentos son adogmáticos y por ello precisamente han ido floreciendo en las más distintas tradiciones e impregnando las unas a las otras. Muchos ponen en evidencia la desconfianza o prevención contra las autoridades religiosas de mente



Cuentos espirituales del Himalaya

estrecha o contra los sistemas religiosos instituidos; otros ponen en guardia contra los falsos maestros y embaucadores espirituales; algunos invitan a la búsqueda de la última realidad en uno mismo. Son narraciones sencillas y amenas que incluso hacen las delicias de los niños. Pueden leerse y releerse y siempre comunican otro modo de comprensión y son manantial de motivación e inspiración. Muchos de estos cuentos son anónimos y ni siquiera es posible saber su origen ni su antigüedad. Seguramente ya se servían de ellos los maestros más antiguos y más tarde preceptores y discípulos los fueron utilizando e incluso muchos se fueron registrando por escrito y otros muchos se fueron incorporando posteriormente hasta nuestros días. Son ocurrentes, entrañables y sugestivos. Es curioso comprobar cómo personas de distintas razas, religiones y psicologías los aceptan con el mismo entusiasmo y a todos les resultan reveladores e inspiradores.

En este último lustro y después de haber viajado más de medio centenar de veces por los países orientales, he puesto parte de mi empeño en recuperar y publicar los más notables de estos cuentos y narraciones espirituales. Se han traducido con el mayor esmero y he tratado de imprimirles un estilo literario adecuado que, por un lado las embelleciera y, sin embargo, no les robara su sencillez. Fue tal el éxito del primer libro de cuentos que publiqué — titulado "101 Cuentos Clásicos de la India" (que ya lleva seis ediciones y continúa teniendo creciente aceptación)— y la insistencia de muchos lectores para que se publicaran otros, que seguí rastreando a la búsqueda de estas narraciones entrevistando a maestros y buceando en innumerables textos espirituales. A mis tres obras de cuentos publicadas por la Editorial Sirio (*Cuentos espirituales de la India*, *Cuentos espirituales del Tibet* y *Cuentos espirituales de Oriente*), sigue ahora ésta de *Cuentos espirituales del Himalaya*, donde el lector encontrará magníficas narraciones espirituales que le ayudarán de nuevo a estimular su comprensión espiritual y a renovar su motivación mística. Me es muy grato poder compartir todas estas historias espirituales, de las que hasta la fecha he recopilado ya más de medio



Cuentos espirituales del Himalaya

millar, con seguridad las más significativas y sabias de todas las existentes. Pero, por fortuna, este legado de narraciones espirituales se irá enriqueciendo continuamente con el transcurso del tiempo, toda vez que hay una sabiduría perenne que no cesa y que los maestros destilan en estas joyas literarias y místicas.

RAMIRO CALLE
(Director del Centro de Yoga Shadak)

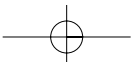
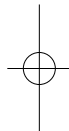
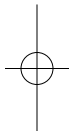
Para contactar con el autor:

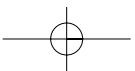
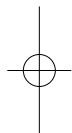
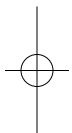
Centro de Yoga Shadak
c/ Ayala, 10
28001-Madrid

www.ramirocalle.com



Cuentos espirituales del
Himalaya





Cuentos espirituales del Himalaya

El rico y el pobre

Era un hombre muy rico y acostumbrado a ser halagado por los que le rodeaban. Las gentes de la localidad se deshacían en alabanzas hacia él, que se había vuelto arrogante y fatuo. Pero había un hombre muy pobre que no le prodigaba ningún tipo de halagos y que se mostraba indiferente a la opulencia y el poder del hombre rico. Herido en su orgullo, el hombre rico citó al pobre y le dijo:

—Vamos a ver, si yo te regalase el veinte por ciento de mi fortuna, ¿me adularías?

El hombre pobre, sin dudarlo un instante, repuso:

—Sería un reparto demasiado desigual para hacerte merecedor de mis halagos.

—Pero ¿y si te entregara la mitad de mi fortuna? —insistió el hombre acaudalado.

—En ese caso estaríamos en igualdad de condiciones y no habría ningún motivo para adularme.

Pero el hombre rico volvió a intentarlo:

—Pero ¿y si te regalase toda mi fortuna?

—Si yo fuera el dueño de una fortuna tal, ¿por qué iba a adularme?

Fuera de sí, herido en lo más profundo de su ser, se dio la vuelta el hombre rico y, desesperado, se alejó.

Nada perturba tanto la mente y enturbia tanto las emociones y el proceder como la vanidad. El egocentrismo nos hace muy vulnerables y dependientes y, además, nos aleja de los demás e incluso de nuestro propio ser. En la senda hacia la liberación de la mente, hay que aprender a dominar el ego y superar emociones negativas que entroncan y se alimentan con el mismo: soberbia, infatuación, envidia, afán de manipulación y tantas otras que envenenan el alma.

La solución está en la mente

El discípulo no terminaba de comprender. Cada vez que tenía una contrariedad se desesperaba, se abatía o incluso se hundía en el mayor desánimo.

Sin embargo el maestro, imperturbable, siempre decía:

—Está bien, está bien.

Se preguntaba si es que al maestro nunca le sucedía nada desagradable o si es que era tan afortunado que nunca tenía que enfrentarse con las adversidades. A menudo insistía, muy sosegado:

—Está bien, está bien.

Intrigado, un día le preguntó directamente al maestro:

—Pero ¿nunca te enfrentas a situaciones que no pueden ser resueltas? No comprendo cómo declaras siempre: Todo está bien, todo está bien, como si nada adverso te sucediera.

El maestro sonrió y dijo:

—Sí, sí, todo está bien.

—Pero ¿por qué? —preguntó soliviantado el discípulo.

—Porque cuando no puedo solucionar una situación en el exterior, la resuelvo en mi mente cambiando de actitud. Ningún ser humano puede controlar todas las circunstancias y acontecimientos, pero sí puede aprender a controlar su actitud ante ellos. Por eso, para mí, todo está bien, todo está bien.

Aunque hay muchas dificultades en el exterior, la peor dificultad a menudo está en la propia mente. Aunque en el exterior puede haber personas aviesas y adversarios, el más implacable enemigo reside en la mente. Cuando puedas modificar una situación o acontecimiento para mejorarlos, modificalos; pero cuando no sea posible, cambia tu actitud mental y trata de mantenerte en la energía clara de la ecuanimidad, es decir, en la firmeza y equilibrio de la mente.

El ciervo almizclero

En los Himalayas hay un tipo de ciervo que es conocido como almizclero, porque genera un envolvente aroma que se denomina almizcle y que se propaga muchos metros a su alrededor. Pues bien, resulta que un ciervo se hizo adulto y comenzó a percatarse de la existencia de un aroma dulce y penetrante. Pero ¿de dónde venía ese olor? Quería saber de dónde procedía y comenzó a buscar incansablemente por todas partes el lugar donde se originaba. Olía y olía ese aroma peculiar, pero por mucho que buscaba aquí o allá no sabía en qué fuente se generaba. En su anhelo por hallar dónde o qué producía ese especial aroma, empezó a obsesionarse por querer descubrirlo. Día y noche seguía con las pesquisas, rastreando todo tipo de parajes, a la búsqueda ya desesperada del sitio de donde provenía ese intenso perfume. Y así iban discurriendo los años. El ciervo no dejaba de buscar. ¿De dónde surgiría ese perfume? Recorrió enormes distancias, sin conseguir descifrar el misterio. Así se consumía su vida y un día, todavía en busca del origen del aroma, le sobrevino la muerte sin haber podido ni siquiera sospechar que brotaba de sí mismo.

A menudo estamos tan identificados con nuestros afanes, anhelos y actividades, que vivimos de espaldas a nuestro propio ser; como un actor, que al identificarse completamente con su papel, termina por creérselo y deja de ser él mismo. Y, sin embargo, el aroma de plenitud y serenidad halla su fuente en el interior. Es necesario dejar de dar vueltas alrededor del círculo para dirigirse hacia el punto central y recobrar la propia identidad.

Quién sabe

Era un verdadero maestro, al que a menudo sus discípulos planteaban cuestiones metafísicas. Entonces, invariablemente, respondía:

—Quién sabe.

Había discípulos que se indignaban, otros se quedaban perplejos por la ambigüedad de la contestación y otros insistían en la cuestión de si había alma o no, si existía o no un ser superior, si a la vida tras la muerte seguía otro tipo de vida y cuestiones similares. El maestro contestaba:

—Quién sabe.

Esta rutinaria respuesta comenzó a despertar sospechas entre los discípulos, así como irritabilidad o notable desconfianza en muchos de ellos. Cada vez que le formulaban preguntas filosóficas, respondía:

—Quién sabe.

Muchos empezaban a hartarse; otros dudaban de la inteligencia del mentor; algunos aseguraban que era un ignorante que fingía ser instructor espiritual. Un grupo de discípulos estaban cotilleando entre ellos, criticando al maestro, cuando pasó por allí otro preceptor espiritual y al verlos tan alterados, les preguntó qué les sucedía. Se lo contaron y el preceptor, tras escucharles atentamente, dijo:

—¡Qué fácil es censurar como lo estáis haciendo, sin juicio claro ni sabio discernimiento! Deberíais avergonzaros. Sois unos ignorantes.



Cuentos espirituales del Himalaya

Los discípulos se quedaron estupefactos, sin poder ni siquiera reaccionar. El preceptor añadió:

—Cuando vuestro maestro os dice «quién sabe», eso puede entenderse como «yo no lo sé», o «nadie lo sabe», o «unos lo saben y otros no lo saben», o «vosotros no lo sabéis», o «no es posible saberlo», o «no viene al caso si se sabe o no se sabe», o «es irrelevante saberlo», o «solo los iluminados lo saben»... Con esa intencionada ambigüedad lo que pretende vuestro mentor es que utilizéis el recto entendimiento. Lo hace para favoreceros y que maduréis y, en cambio, vosotros solo utilizáis vuestra impúdica lengua como un estilete para criticarle.

Nadie puede liberarse por otro y el verdadero mentor es el que enseña a cada uno a afinar su discernimiento, esclarecer la visión mental y desplegar la sabiduría liberadora.

El punto de equilibrio

Un yak y un búfalo habían entablado una gran amistad, pero no les resultaba fácil mantenerla porque, como sabemos, el búfalo es un bovino que se adapta mejor a las planicies y el yak es un animal de alturas, típico de los Himalayas. Eso quería decir que cuando el búfalo acudía a visitar al yak, se agotaba, sufría el mal de las alturas, se mareaba y perdía sus fuerzas, mientras que el yak sentía un calor terrible, perdía toda su energía y se sentía muy abatido cuando iba a visitar a su amigo el búfalo. ¿Qué podían hacer? Se querían entrañablemente, pero cada vez que uno iba a visitar al otro, el encuentro se convertía en un tormento para uno de ellos. Oyeron hablar de un sabio que vivía en meditación en la jungla y decidieron consultarle. Llegaron los buenos animales ante el eremita y le expusieron lo que les ocurría. Estaban visiblemente preocupados, por lo que el sabio les dijo:

—No os intranquiliéis. Calmaos.

Pero estaban tan entristecidos los bovinos que incluso había lágrimas en sus ojos. El sabio añadió:

—Lo importante en esta vida es hallar siempre que sea posible el punto de equilibrio.

—¿El punto de equilibrio? —preguntaron extrañados los bovinos.

—Sí, sí —dijo el sabio—. ¿Para qué creéis que he meditado tanto en esta vida, amigos míos? Pues, para hallar el punto de equilibrio.

Escépticos, los animales preguntaron:

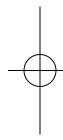
—¿Y eso puede ayudarnos en nuestras dificultades?



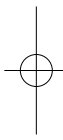
Cuentos espirituales del Himalaya

—Por supuesto —aseveró el sabio—. La respuesta siempre está en el punto de equilibrio. Os voy a decir qué tenéis que hacer. Buscad conjuntamente un terreno intermedio en el que podáis encontraros cuando deseéis veros. Ceded cada uno un poco. Tú, yak, descenderás hasta donde te sea posible sin sentirte mal, y tú, búfalo, ascenderás hasta donde puedas, sin perjudicarte. En esa franja intermedia de terreno celebraréis vuestros encuentros. Cada uno cederá un poco y así encontraréis el punto de equilibrio.

Desde aquel día el búfalo y el yak pudieron encontrarse con periodicidad. Habían hallado la solución y la respuesta en el punto de equilibrio.



El equilibrio es la senda clara del medio entre los extremos. Los extremos son trampas, emboscadas. El equilibrio es orden, armonía, visión esclarecida, comprensión profunda y flexibilidad. El aspirante debe aprender a equilibrar y reequilibrar, evitando la intolerancia, la rigidez, la visión dogmática, la actitud egocéntrica, la ofuscación y el extremismo.



La hiena

Despreciaba a todas las hienas y se mostraba cada día más fatua y vanidosa. Se había vuelto absolutamente insoportable.

—Sois feas como demonios —decía a las otras hienas—, pero yo tengo un encanto especial. Miradme y recread vuestros feos ojillos.

Un día, en una ciudad cercana, se convocó un concurso de pavos reales. Se trataba de elegir el pavo real más hermoso. Las hienas le dijeron a su petulante compañera:

—Eres tan hermosa que podrías presentarte a ese concurso y ganarlo.

La vanidosa hiena no captó la ironía de esas palabras y se dijo: «¿Por qué no? Seguro que con mi apostura, yo podría ganar ese concurso». Y se le ocurrió una idea: se metió en la cuba de un tintorero y tiñó su cuerpo de variados y llamativos colores. Después se inscribió en el concurso. El día en que se celebraba le tocó desfilar a la hiena. Así lo hizo, pero como no tenía la elegancia ni la armonía de movimientos del pavo real, sino que era torpe y de burdos movimientos, todos se rieron y la abuchearon, para después echarla del recinto de malas maneras.

El ego desmedido muestra los feos rostros de la arrogancia, la soberbia y la vanidad, pero el fatuo finalmente pierde su máscara y cae en el ridículo. El vanidoso es muy vulnerable, malgasta sus energías en aparentar y se convierte con frecuencia en el hazme-reír de los otros.

Una enseñanza especial

Era el hombre más rico de la localidad. Un día decidió ir a visitar a un anciano que tenía fama de sabio y santo.

Quería recibir algunas enseñanzas espirituales, pues también los ricos envejecen y la vida iba pasando. Pero quiso la casualidad que también estuviera en presencia del sabio el hombre más pobre del pueblo. Había llevado unos bollos que su mujer había preparado para el santo. Entonces, dirigiéndose al hombre acaudalado, dijo el anciano:

—Toma algunos de estos bollos.

Como el hombre rico estaba acostumbrado a exquisitos manjares y los bollos estaban hechos con amor pero con ingredientes pésimos, no pudo evitar que ese alimento le causara mal sabor e incluso asco. Pero el santo insistió:

—Come, come. Ahora te darás cuenta de lo difícil que es la vida de los humildes. Come, come. ¡Ah!, y esta es mi enseñanza para ti: que tomes consciencia de las dificultades de los pobres y a ver si así empiezas a ayudarles un poco.

El rico esperaba una enseñanza muy especial, tal vez incluso muy enigmática, pero el maestro le había procurado la enseñanza más simple y más hermosa.

Mente clara, corazón tierno. Mente lúcida, proceder correcto. Por encima de todo, lo más esencial: ser conscientes del sufrimiento de los demás y, en lo posible, tratar de aliviarlo.

El gran maestro

Un joven estaba muy contento. Su amigo le preguntó:

—¿Qué te produce tanta alegría?

—He conocido a un maestro fenomenal, que vive en lo alto de la montaña. Un maestro incomparable.

—En ese caso, háblame de él.

El eufórico joven dijo:

—Figúrate cómo será que se mortifica hincándose clavos, se alimenta comiendo hierba y se revuelca en la nieve.

—¡Ah! —exclamó el amigo—. ¿Y eso lo convierte en un gran maestro?

El joven se quedó perplejo ante dicho comentario, pero más estupefacto le dejaría el que siguió:

—Eso también lo hace un caballo. Le pinchan con clavos, come hierba y también le gusta revolcarse en la nieve.

Lo que distingue a una persona en la senda de la evolución no son sus mortificaciones ni llamativas penitencias, sino la lucidez de su mente, el equilibrio de su ánimo y la bondad de sus actos.

El ávido

Era un hombre muy ávido, siempre movido compulsivamente por sus deseos, pero a pesar de ello tenía inclinaciones espirituales y deseaba hallar alguna superación interior. Fue entonces a visitar a un maestro y le confesó que era una víctima de todas sus apetencias, pero que consideraba que así podría satisfacer todos sus deseos y apegos y, de esa manera, quedaría libre de ellos.

—¿Libre de ellos? —le preguntó irónicamente el maestro.

—Sí, agotaré los deseos, los apegos, y luego, ya liberado, me podré dedicar mejor a la meditación y a la evolución interior.

El maestro se quedó pensativo unos instantes y luego dijo:

—Muy bien, muy bien. Teniendo en cuenta que si has venido a mí, será porque requieres algún tipo de instrucción, sólo te diré una cosa: cuando tengas sed, come pescado salado. Cuanta más sed tengas, más pescado salado debes comer. Eso es todo.

El apego no puede conducir al desapego, porque es como arrojar más leña al fuego de la avidez. Solo mediante la comprensión clara, la percepción de la transitoriedad, la ecuanimidad y la meditación, uno logra ir reduciendo los apegos, canalizando su energía y encontrando auténtica libertad interior. El apego y el aferramiento son el resultado de la ofuscación mental.

Imitación

Era la mujer más grácil, distinguida y bella de la localidad. Su hermosura hechizaba tanto a hombres como a mujeres, hasta tal punto que cualquier gesto que hiciera era imitado por muchas otras mujeres, que también copiaban las expresiones de su rostro y trataban de llevar prendas parecidas a las suyas. Ella, atractiva y elegante, imponía, sin proponérselo, la moda en actitudes, gestos y vestimentas. A nadie pasaba desapercibida. Como ella caminase, así caminaban las jóvenes; como ella se expresase, ellas trataban de expresarse; como ella gesticulase, ellas hacían por gesticular. Pero cierto día, la hermosísima dama tenía un fuerte dolor de estómago. Cuando salió a hacer unas compras, tenía la cara feamente contraída, el entrecejo fruncido, las mejillas rígidas y la mirada extraviada. Pero aquellas que vieron esa expresión en su rostro, rápidamente la imitaron. Al día siguiente, las jóvenes de la localidad mostraban un rostro contraído, tenso y afeado.

Cada persona debe desarrollar su propio entendimiento, su inteligencia primordial y su responsabilidad. Toda imitación es fea e incluso grotesca y, además, impide el crecimiento interior y el desarrollo de la consciencia. No se trata de ser una mala copia de los demás, sino de ser nosotros mismos.

La no-resistencia

El mentor espiritual vivía con un pequeño grupo de discípulos, que a menudo le exponían sus dudas, cuitas y contradicciones.

—Tenéis que aprender a generar menos tensión, menos conflicto, menos resistencia —les aconsejaba el maestro—. Aprended a fluir, sin engendrar tanta oposición, porque de lo contrario la mente fabricará desdicha y desazón.

Pero no es fácil cambiar las actitudes, desde luego. Y había un discípulo que tenía una especial capacidad para generar conflicto incluso con las cosas más cotidianas. Fue al maestro y le dijo:

—Maestro, si nos vestimos y comemos todos los días, ¿cómo vamos a poder escapar a la espantosa monotonía de tener que ponernos la ropa e ingerir los alimentos?

—Nos vestimos y comemos —repuso apaciblemente el mentor.

—No comprendo —protestó el discípulo.

El maestro dijo:

—En ese caso, vístete y come.

En la medida en que la mente se va liberando de sus innumerables oscurecimientos y trabas, y va recuperando su prístina claridad, comienza a asumir las cosas inevitables tal y como son, sin generar desdichas o sentimientos insanos con respecto a ellas. Es el difícil arte de fluir sin engendrar tensión innecesaria.

La ira del oso

Un oso estuvo a punto de ser asaltado y devorado por un temible león, pero un hombre que llevaba una escopeta tuvo tiempo de disparar al felino y salvarle la vida al oso. El animal estaba tan agradecido que seguía como un perro fiel al hombre por dondequiera que iba. El hombre tenía sueño y se echó a dormir debajo de un árbol. Entonces unas avispas comenzaron a revolotear por encima de su cabeza. El agradecido oso trató de dispersarlas dando manotazos en el aire, pero las avispas no desaparecían y seguían intentando aproximarse al rostro del durmiente. Entonces el oso, sumamente irritado por la actitud de los insectos, cogió una gran roca y la arrojó contra ellos. La roca no rozó a ninguna avispa, pero fue a estrellarse contra la cabeza del hombre y puso término a su vida.

La ira es una de las emociones más enraizadas en la mente no solo del oso de nuestra historia, sino en la de muchos seres humanos, provocando desdicha propia y ajena. Nada constructivo puede surgir a la sombra de la ira, que provoca incluso perjuicios insospechados.

Consecuencias

Ese año las lluvias habían sido particularmente intensas en toda la región. Una gran riada se llevó la choza de un campesino, pero cuando cesaron, habían dejado en la tierra una valiosa joya. El buen hombre vendió la alhaja y con la suma que le entregaron reconstruyó su choza y el resto se lo regaló a un niño huérfano y desvalido del pueblo. La riada había arrasado también otro poblado y un campesino, para salvar la vida, tuvo que encaramarse a un tronco de árbol que flotaba sobre las turbulentas aguas. Otro hombre, despavorido, le pidió socorro, pero el campesino se lo negó, diciéndose a sí mismo: «Si se sube éste al tronco, a lo mejor se vuelca y me ahogo».

Los años pasaron y estalló la guerra en ese reino. Ambos campesinos fueron alistados. El campesino bondadoso fue herido de gravedad y conducido al hospital. El médico que le atendió con gran cariño y eficacia era aquel muchachito huérfano al que él había ayudado. Lo reconoció y puso toda su ciencia y amor al servicio del malherido. Logró salvarlo y se hicieron grandes amigos de por vida.

El campesino egoísta tuvo por capitán de la tropa al hombre a quien no había auxiliado. Le envió a primera línea de combate y días después halló la muerte en las trincheras.

Las consecuencias siguen, antes o después, a los actos. La generosidad engendra generosidad y el egoísmo, egoísmo. Debemos cultivar los cuatro bálsamos de la mente: amor, compasión, alegría por la dicha de los otros y ecuanimidad.

Deducción incorrecta

Era un hombre de pequeña estatura y mente torpe que, pese a ello, había logrado acumular una considerable fortuna. Se había hecho construir una gran mansión de dos pisos, pero habitaba la planta inferior. Por su reducida estatura, a menudo tenía que servirse de un taburete para poder coger cosas de la parte alta de los armarios o de las alacenas. Como el taburete era muy bajo, tenía que colocarlo sobre una pila de ladrillos si lo que tenía que coger estaba demasiado alto. Estaba harto de tener que recurrir una y otra vez a este sistema y entonces se le ocurrió una solución. Avisó a uno de sus criados y le ordenó que le subiese el taburete al piso de arriba. Pero se llevó una mayúscula e ingrata sorpresa al comprobar que aunque se subiera o se sentara en el taburete, se encontraba a la misma estatura que en el piso de abajo. Encolerizado, vociferó:

—¡Maldita sea! El constructor me aseguró que el piso de arriba era más alto y estoy igual de bajo.

La mente, saturada de prejuicios y condicionamientos, percibe e interpreta incorrectamente. Solo en la medida en que la mente, a través de la meditación y el trabajo interior comienza a superar sus condicionamientos y patrones, logra ver y enfocar las cosas como son.

El pintor

El monarca de un lejano reino de las montañas, llamó al mejor pintor que existía y le preguntó:

—¿Cuáles son las cosas más difíciles de pintar?

El pintor, sin dudarlo, aseveró:

—Los perros, los caballos y otras criaturas.

Extrañado, el rey preguntó:

—¿Entonces, cuáles son las más fáciles?

—Los fantasmas, los monstruos y cosas similares —repuso el pintor, riendo.

Intrigado, el rey preguntó la causa y el artista repuso:

—No hay nadie que no sepa cómo es un perro o un caballo, pero en cambio nadie ha visto monstruos ni fantasmas, por lo que uno los puede reflejar como quiera.

Es más fácil perderse en abstracciones metafísicas y especulaciones filosóficas que seguir el método para alcanzar la sabiduría. Del mismo modo, es más sencillo extraviarse en recuerdos y fantasías que afrontar ecuénnimemente los hechos como son a cada momento.

Tantos pensamientos

El discípulo le comentó al maestro:

—Maestro, se me ocurren tantos pensamientos, ¡tantos pensamientos!

—Sí, no lo dudo —repuso adustamente el maestro—, pero en cambio,

necio de ti, no se te pasa por la cabeza preguntarte a quién se le ocurren esos pensamientos.

Es necesario aprender a desidentificarse de esos duendes que se mueven a su antojo por el escenario de luces y sombras de la mente y que son los pensamientos. La indagación de ¿quién soy yo? es excelente para frenar los pensamientos y para mirar en el espacio anterior a los mismos. Los pensamientos son el río, pero lo esencial es encontrar el manantial.

Promiscuidad espiritual

Hay muchas clases de promiscuidad y una de ellas es la espiritual. Era un discípulo que siempre estaba experimentando con unas y otras vías de liberación, con unos y otros métodos de autodesarrollo, con unas y otras técnicas de evolución espiritual. Así llevaba años: tanteando y tanteando. El maestro ya le había dicho:

—Necesitarías cien vidas para probar todas las vías, métodos y técnicas. Selecciona un poco más y profundiza.

Pero cedía a su tendencia promiscua de cambiar de sistema espiritual, de doctrina y de método. Quizá nadie conocía tantos métodos como él, pero su mente apenas se había modificado. Un día, él mismo se dio cuenta de que no había evolucionado prácticamente nada. Se lamentó ante el maestro:

—Estoy apenado. ¡Qué poco he avanzado!

Entonces el maestro sintió que por primera vez podría remover sus fosilizados parámetros mentales y le dijo:

—Amigo mío, has sido un necio. Ahora te lo puedo decir, porque parece ser que empiezas a entender por qué no comprendías. ¿Sabes cómo has procedido? Como la persona que quiere encontrar agua y comienza a hacer pocitos y más pocitos, pero de tan escasa profundidad que no puede encontrar agua. En cambio, si ese esfuerzo lo hubiera invertido en hacer un solo pozo, habría hallado mucha agua. A ver si ahora rectificas y haces un pozo que merezca la pena.

Muchas y válidas son las laderas hacia la cima de la montaña, pero si cuando empezamos a ascender por una cambiamos a otra y así sucesivamente, nunca alcanzaremos la cumbre.

La referencia

Para pasar de una montaña a otra, un militar tenía que cruzar de una a otra orilla el río que se deslizaba por el fondo del valle. Cogió una barca y en medio de la corriente, ésta se movió bruscamente y el militar perdió su espada, que se hundió rápidamente. «No hay por qué preocuparse», se dijo a sí mismo. Ahora haré una señal que me sirva de referencia». Con una tiza hizo una marca en el costado de la barca, a fin de saber el lugar exacto por donde había caído la espada. Se dijo: «Ya tengo localizado el sitio. Así luego podré hallarla fácilmente». La barca llegó minutos después al embarcadero. El militar, ante el asombro del barquero, se lanzó al agua y se sumergió en el seno del río en busca de su espada, justo debajo de la señal que había trazado en el costado de la embarcación. Salía del agua para respirar y volvía a sumergirse. Así estuvo durante horas. No podía comprenderlo. ¡Pero si él mismo había hecho la marca justo por donde cayó la espada! No lograba explicárselo. Era de noche y seguía buscando.

A menudo, en muchos ámbitos y aspectos de la vida, el ser humano tiene la visión tan distorsionada y oscurecida como el militar de nuestro cuento.

Voto de silencio

En un monasterio de un remoto paraje himalayo, cuatro monjes, acompañados por un asistente, se reunieron para celebrar un retiro espiritual de siete días, habiéndose impuesto estrictamente el voto del silencio a lo largo de ese tiempo. Se habían dicho que ese voto era rigurosamente necesario y que había que observarlo a toda costa. La primera noche de retiro, se reunieron los cuatro monjes a meditar en el santuario, sumidos en la semipenumbra. Estaba con ellos el asistente. Transcurridas dos horas, uno de los monjes dijo:

—Asistente, estate atento y no dejes que se apaguen las lamparillas de aceite.

Entonces, uno de los monjes le llamó la atención, reprendiéndole así:

—No olvides que hemos hecho voto de silencio durante siete días y ya lo has roto.

Indignado porque los dos compañeros habían hablado, otro de los monjes protestó:

—Es el colmo. Parece como si no recordaseis que hemos hecho voto de silencio.

Fue en ese momento cuando el cuarto monje, desalentado por el comportamiento de sus compañeros, los miró recriminatoriamente y dijo a media voz:

—¡Qué pena! Soy el único que permanece en silencio y observa el voto que nos habíamos impuesto.

A la mayoría de los seres humanos les sale al encuentro, una y otra vez, el autoengaño, la justificación y el pretexto falaz. Solo mediante la vigilancia de uno mismo y la ecuanimidad, será posible ir poniendo al descubierto esos engañosos mecanismos de la mente.

El velo de la interpretación

Era un hombre que aunque disfrutaba de medios, no tenía pozo en su huerta. Uno de sus criados se veía obligado a acudir diariamente a

un río que estaba a varias horas de camino, invirtiendo en ello toda la jornada. Entonces el propietario se decidió a cavar él mismo un pozo en su terreno para disponer de agua. Después de unas semanas, habiendo encontrado agua en el pozo excavado, el propietario le comentó a uno de sus amigos:

—Estoy contento, porque con el pozo he ganado un hombre.

La noticia se difundió de amigo en amigo y luego entre otras numerosas personas. Pero las palabras que dijera el propietario ya se habían tergiversado y eran: «Fijaos, un hombre, al cavar un pozo, halló en él a otro hombre».

Todos empezaron a preguntarse qué clase de hombre habría encontrado, por qué estaba en un pozo, si se habría suicidado o lo habrían matado, si era de la localidad o forastero, si tal vez se había caído al pozo y se había ahogado, si estaría bajo tierra antes de hacer el pozo y muchas otras cuestiones por el estilo. La noticia llegó incluso al monarca, que se moría de curiosidad por saber quién era el hallado en el pozo. Llamó urgentemente al propietario, le preguntó y éste, perplejo, dijo:

—Majestad, todo lo que yo hice fue cavar un pozo en mi huerta y así conseguí evitar que uno de mis criados perdiese todo el día acarreando agua del río, por lo que puedo contar con él para otras labores. Por eso le dije a un amigo que había ganado un hombre.

Los rumores, las palabras dichas a la ligera y el velo de la interpretación generan todo tipo de errores, a menudo no tan inofensivos como el de nuestra historia.

El visitante agotador

Un hombre de negocios muy activo, extenuado por sus muchos quehaceres profesionales, decidió pasar tres días y sus correspondientes noches en un monasterio retirado en la cima

de una montaña, para poder descansar un poco. Se instaló en una de las habitaciones del monasterio y conoció a un monje solícito y muy bondadoso. Durante los tres días, el visitante no dejó de hablar y contarle sucesos de su propia vida y de sus negocios al hospitalario monje, sin reparar en absoluto en las necesidades del religioso. Al anochecer del tercer día, el hombre de negocios sacó una botella de licor que llevaba con él y se tomó unas cuantas copas. Después, medio ebrio, se puso a recitar un poema que decía: «Al pasar por un monasterio ubicado en una solitaria cumbre, me instalé allí tres días y estuve hablando con uno de los monjes. Lejos de mi agitada existencia, gocé de horas de reposo». Y entonces el monje se echó a reír abiertamente. Perplejo, el hombre de negocios preguntó:

—¿Por qué se ríe así?

El monje contestó:

—Porque sus horas de reposo me han costado a mí tres días terribles de cansancio.

Por falta de sensibilidad, no solemos ponernos en el lugar de los otros y descubrir sus necesidades. Nuestro egoísmo nos impide contemplar las inquietudes ajenas, pero en la senda hacia la liberación interior, es necesario ejercitar el amor consciente e incondicional, que consiste no solo en saber recibir, sino en saber dar; no tan solo en esperar ser considerado, sino en aprender a considerar; no solo en solicitar que atiendan nuestras necesidades, sino en saber atender las de los demás.

El discípulo filósofo

Era un discípulo que siempre estaba girando la manivela del pensamiento para enredar con cuestiones filosóficas y metafísicas. Se pasaba los días especulando sobre doctrinas esotéricas y afanándose por encontrar métodos secretos y verdades supranaturales. Absorto en sus elucubraciones, no llevaba a cabo con la diligencia necesaria las labores domésticas del monasterio. Un día acudió a visitar al abad y le preguntó:

—Pero ¿qué es la verdad, venerado maestro?

—Simple y llanamente, la vida de cada día —repuso el abad.

Desilusionado, el discípulo protestó:

—En la vida de cada día lo único que veo es eso: la vida vulgar y corriente de cada día, pero la verdad no la veo por lado alguno.

Sonriendo, el abad dijo:

—Esa es la diferencia: que unos la ven y otros no. Y ahora deja de holgazanear y ve a lavar los cacharros.

La verdad florece en lo más sencillo si nuestra actitud es la correcta. Se desvela a unos, pero queda velada para otros. Unas personas se quedan en las apariencias de las cosas, pero otras ven la realidad subyacente y son capaces de seguir con éxito el aprendizaje aun con lo más ordinario, como es lavar los cacharros o barrer la alcoba, convirtiendo incluso lo rutinario en sublime.

La peregrinación a Kailash

Dos monjes se reunieron a conversar. El joven partía al día siguiente para efectuar una larga peregrinación por diversos

lugares sagrados, incluido el Kailash, la sagrada morada de Shiva.

—También yo voy a hacer esa peregrinación —dijo el monje mayor—. Llevo mucho tiempo preparándome para ella, pero voy a partir en seguida para el monte Kailash. Así que ya nos contaremos nuestras impresiones y vivencias de la peregrinación cuando nos encontremos nuevamente.

—Claro que sí. Saldré al amanecer. Además del Kailash, quiero peregrinar a otros muchos lugares santos, por lo que estaré fuera varios meses.

—¿Varios meses? ¿Y qué llevarás contigo para tanto tiempo?

—Mis sencillas posesiones. No necesito nada más —repuso el monje joven—. O sea, la escudilla para mendigar mis alimentos y el jarrito para el agua.

—Pues sí —dijo el monje mayor—. Llevo ya muchos años queriendo hacer esta peregrinación, pero nunca termino de prepararme, pues siempre tengo la sensación de que se me olvida llevarme algo. Pero no voy a dejar pasar más tiempo. Yo también saldré en seguida. Ya nos contaremos.

El monje partió de viaje. Peregrinó hasta el Kailash y también a numerosos santuarios himalayos. Después de un año, regresó al monasterio. Se reunió con el monje mayor, que en seguida le preguntó:

—¿Qué tal la peregrinación?



Cuentos espirituales del Himalaya

—Ha sido fatigosa, pero estoy muy satisfecho de haberla hecho. Pero ¿y usted? ¿Ya fue y regresó del Kailash?

El monje mayor dijo:

—Será inmediatamente. Todavía no he conseguido acabar con mis preparativos, pero peregrinaré en seguida.

Por falta de motivación y esfuerzo correcto, todos, también espiritualmente, padecemos la enfermedad del mañana, es decir, de seguir postergando nuestro viaje espiritual como si la vida fuera eterna.



Cuentos espirituales del Himalaya

El ciego y el tullido bobos

Un ciego y un tullido estaban pernoctando en una hostería, compartiendo la misma habitación. De madrugada, se declaró un pavoroso incendio. Ambos se despertaron asustados. El ciego saltó rápidamente de la cama y salió corriendo, pero no pudiendo ver las llamas, se dirigió hacia el fuego y murió quemado. El tullido, arrastrándose, se dirigió a la ventana, se encaramó como pudo para pedir socorro, pero perdió el equilibrio y se precipitó al vacío, estrellándose contra el suelo.

Son muchos los recursos que un ser humano puede estimular en sí mismo si utiliza la visión cabal, el discernimiento y la sabiduría. Desde la sabiduría, uno podrá colaborar mejor consigo mismo y con los demás; desde la negligencia, uno se hará daño a sí mismo y a los demás.

Cuentos espirituales del Himalaya

*El ciego y el
tullido inteligentes*

Habían llegado la misma noche a una hospedería un ciego y un tullido. Decidieron, para ahorrar, compartir la misma habitación. Pero de madrugada se desencadenó un violento incendio. Aterrados, se despertaron el tullido y el ciego. La situación era desesperada para ambos por sus minusvalías. Pero en seguida comprendieron qué debían hacer para ponerse a salvo. El tullido se subió a hombros del ciego, que sería sus piernas, a la vez que él pondría los ojos al invidente. Así los dos pudieron salvarse y más aún: se hicieron entrañables amigos de por vida.

Protegiéndote a ti mismo, proteges a los demás; protegiendo a los demás, te proteges a ti mismo. Que la lucidez mental y la bondad de corazón guíen tus actos.

Los ladrones vanidosos

Después de haber estado robando a diestro y siniestro durante meses por numerosas localidades, dos ladrones volvieron a su pueblo natal. Se reunieron en la taberna con sus amigotes y comenzaron a narrar sus experiencias. Uno de los ladrones dijo, pavoneándose:

—Recuerdo que en una ocasión robé una calabaza que era tan grande como una casa. Y no os exagero, amigos.

Entonces, su compañero de fechorías dijo:

—Pues yo puedo garantizaros que una vez robé una olla que era tan grande como un palacio.

Herido en su vanidad, el otro caco preguntó irritado:

—¿Y para qué puede querer alguien semejante cosa?

Y el compañero repuso:

—Para cocer tu calabaza.

Entonces los ladrones comenzaron a insultarse y se pegaron.

La vanidad es siempre una mala consejera. Despierta malestar en los que nos rodean y es una muralla entre el vanidoso y los demás. Evidencia pobreza de espíritu y falta de equilibrio emocional. El buscador espiritual debe aprender a valorar la humildad y, a través de ella, ser tolerante y comprensivo.

La luna en el pozo

Una noche, una manada de monos iba cruzando un campo. Era una noche luminosa y espléndida. Al pasar junto a un pozo, como los monos son muy curiosos, se asomaron al mismo. La luna se refleja-

ba en el agua del pozo y el jefe de los monos, perplejo, gritó:

—¡Atención, amigos! La luna se ha caído al pozo.

—Sí, sí —conviniere el resto de los monos—. Ahí está la luna. Se ha caído, se ha caído.

Todos comenzaron a preguntarse qué podían hacer para sacarla de allí. Querían salvarla, porque todos sabían que en sus marchas nocturnas la luna era una buena amiga que les alumbraba el camino. Comenzaron a reflexionar hasta que al fin encontraron una solución. Formarían una larga cadena. El de un extremo se agarraría a un árbol y el de la otra punta sería el que podría coger la luna. Hicieron la larga cadena. Varios monos comenzaron a descender por el pozo, tratando de que el del extremo alcanzara la luna. Pero el peso de los simios terminó por quebrar el árbol y en ese momento todos se precipitaron al pozo. Pero momentos antes de ahogarse, tuvieron ocasión de comprobar que, milagrosamente, la luna había desaparecido.

No es infrecuente que el ser humano, por falta de entendimiento correcto, confunda los reflejos con la realidad y persiguiendo éstos, pierda su propia identidad y «muera» espiritualmente. La mente tiende a encandilarse con lo superficial, ocultándose lo esencial. Es necesario mutar la mente para que pueda ver desde su pureza y equilibrio.

Los monos

Los maestros que residen en los Himalayas vienen haciendo referencia a esta historia desde hace cientos de años. Un discípulo acudió a visitar a un mentor espiritual y le dijo:

—Señor, quiero retirarme a una ermita durante un tiempo y me gustaría que me entregases un tema oportuno de meditación.

El maestro repuso:

—Piensa en lo que quieras, amigo, menos en monos, ¿de acuerdo?

El discípulo se fue encantado, pensando en lo fácil que se lo había puesto el preceptor. Pues ¡anda que no hay cosas en las que pensar! Se retiró a una ermita durante meses y estuvo meditando. Después volvió al maestro, quien le preguntó:

—¿Qué tal tu práctica, querido mío?

Desolado y compungido, el discípulo repuso:

—Lo único que he conseguido ha sido pensar en monos.

Así es la mente. Está en su naturaleza ser indócil, insidiosa y movable. El aspirante debe someterse al triple entrenamiento espiritual (virtud, meditación y desarrollo de la sabiduría) para modificar los viejos modelos de conducta mental y convertir la mente enemiga en amiga. La meditación va engendrando, con lentitud pero con certeza, una «mente nacida de meditación», o sea, una mente más sometida, atenta, ecuanime y sosegada.

El tazón de leche

El discípulo se lamentaba ante su maestro:
—Ya ni siquiera encuentro disfrute en lo placentero. Mi mente está tan insatisfecha que incluso las cosas agradables han dejado de serlo para mí. Hasta lo deleitable se torna amargo.

—Cuando la mente no está en equilibrio y sosiego, no se puede disfrutar de nada, efectivamente —dijo el maestro.

—Pero ¿por qué? —preguntó angustiado el discípulo.

—Lo entenderás mejor si haces lo que te diga. Busca un enfermo grave y dale un tazón de leche dulce. Después vuelve aquí y cuéntame lo sucedido.

Aunque la petición era muy extraña, el discípulo decidió hacer lo que le pedía el maestro. En el pueblo se enteró de que había un enfermo muy grave. Acudió a visitarlo, con un tazón de leche dulce y se la dio a beber, ayudándole a incorporarse lo necesario para tomarla. El enfermo, al probar la leche, hizo una mueca de asco y protestó:

—¡Qué amargo está esto!

Cuando el discípulo le contó el hecho al maestro, éste dijo:

—¿Te das cuenta? Si la mente no está bien, nada está bien.

Cuando hay amargura en la mente, esa amargura se proyecta e impregna incluso lo más bello y placentero. La mente que no ha evolucionado puede hallar diversión y aburrimiento, placer y dolor, pero jamás la dulzura que solo procura una mente en la que han brotado factores de iluminación como la sabiduría, el contento, el sosiego y la compasión.

Los dos sadhus

Los Himalayas son tierras de anacoretas, sabios y sadhus de todas las edades y condiciones. En las estribaciones himalayas vivían en una comunidad espiritual (un ashram) dos sadhus: uno muy rico y el otro muy pobre. El sadhu rico había sido un acaudalado hombre de negocios que se había retirado y tomado la renuncia para seguir la vida espiritual. Su familia seguía atendiéndolo y, por tanto, disponía de toda clase de recursos e incluso tenía criados que le ayudaban. El sadhu pobre siempre se estaba metiendo con él, ofendiéndole y ridiculizándole, menospreciándole e incluso increpándole: «Te has hecho sadhu porque eras tan viejo que ya no podías estar al mando de los negocios, pero sigues disfrutando de toda clase de lujos. ¡Vaya sadhu, lleno de lujos mundanos, que sigue llevando una vida fácil y confortable! Yo, en cambio, no tengo nada y estoy desapegado de todo. Soy un verdadero renunciante».

Pasados unos meses, un día el sadhu rico le dijo al pobre:

—Me voy de peregrinación. Voy a viajar a las fuentes del Ganges. Y tú te vienes conmigo.

Al sadhu pobre no le apetecía hacer ese esfuerzo y viajar a pie durante días y días, pero para estar a la altura dijo:

—Sí, sí, iré contigo.

—Pues ¡vámonos!

Se pusieron en marcha. Solo habían caminado unos minutos, cuando el sadhu pobre se detuvo y, muy alarmado y preocupado, exclamó:

—¡Dios mío, tengo que regresar enseguida! Con las prisas he olvidado mi escudilla y mi piel de antílope.



Cuentos espirituales del Himalaya

La angustia se reflejaba en la expresión de su curtido rostro. Entonces el sadhu rico lo miró fijamente y dijo:

—Durante mucho tiempo te has burlado de mí por poseer bienes materiales y resulta, amigo mío, que tú dependes más de tu oxidada escudilla y de tu raída piel de antílope que yo de mis posesiones.

La renuncia está en la mente. Hay que modificar la actitud de aferramiento y afán de posesividad. No poseemos ni siquiera nuestro cuerpo. Hay que renunciar a la ignorancia básica de la mente y al apego, aprendiendo a utilizar los objetos sin que ellos nos utilicen. La vía del no-aferramiento es segura.

De esclavitud en esclavitud

Un día un hombre, al despertarse, descubrió, horrorizado, que unas esposas le atenazaban sus muñecas. Hundido en la desesperación solo anhelaba

volver a ser libre, pudiendo quitarse esas terribles esposas. Despavorido salió a la calle y comenzó a correr. ¡Ansiaba la libertad! Necesitaba alguien que pudiera liberarle de las esposas. Corrió y corrió por calles y callejuelas y de pronto, al pasar frente a una herrería, vio a un fornido herrero trabajando. Entró en el local y suplicó al herrador que le liberase de las esposas. Un par de certeros golpes fueron suficientes para que éstas saltaran por los aires. Entonces el hombre se sintió muy agradecido a su salvador y comenzó a admirarlo profundamente. Lleno de gratitud, decidió quedarse a pasar una temporada con él. El herrero era un hombre tosco, déspota e incluso cruel. Cada día encomendaba al liberado tareas más duras e indignas y le insultaba y exigía obediencia abyecta. Le intimidaba sin tregua, despreciándolo a cada momento, de modo que lo convirtió en un ser sumiso. Así pasaron los meses y los años. El hombre se convirtió en un esclavo del herrero.

No salgas de una prisión para entrar en otra peor. Busca sin descanso tu emancipación espiritual y sé consciente de que sólo tú mismo puedes recorrer el camino, aunque recibas enseñanzas y métodos de otros. Tampoco olvides que hay numerosos guías como el herrero. Más vale vivir en la propia jaula que ser metido en la de otro. Afina el discernimiento. Si naciste libre, no mueras cautivo.

El burlador burlado

Lenta y penosamente, un erizo iba deslizándose por la ladera de una montaña. Pasó por allí un chacal y al comprobar su torpeza, empezó a burlarse de él en tono malévolo y cruel.

—¡No corras tanto, amigo! ¡Vas demasiado rápido! ¡Qué velocidad la tuya!

Se colocó a su lado y empezó a mofarse de él con toda clase de hirientes comentarios. El erizo tenía que ir con mucho cuidado y atención, para no precipitarse por la escarpada pendiente.

—Mientras tú das un paso, yo doy cien. No he visto a nadie más torpe, más tonto y más lento. Tardarás meses en llegar a la planicie.

Haciendo gala de mucha ecuanimidad y paciencia, el erizo soportaba el menosprecio del chacal que, implacable, seguía hostigándolo sin piedad. Al fin, el erizo preguntó:

—¿Qué apostarías a que llego antes que tú al pie de la montaña? El chacal comenzó a reírse sin poder contenerse.

—Te apuesto lo que tú quieras, bobo. ¡Serás estúpido e ignorante! ¡Soy veloz como el viento y te atreves a apostar contra mí!

—Si yo gano —dijo tranquilamente el erizo—, quiero que te coloques un letrero que diga: «Soy el chacal más vanidoso y tonto de todos los chacales» y lo llesves puesto durante un mes por todas partes. ¿Trato hecho?

—Por supuesto —dijo el chacal con prepotencia.



Cuentos espirituales del Himalaya

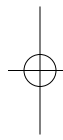
A la señal convenida, comenzó la carrera. El erizo se hizo una bola y se arrojó rodando por la ladera, llegando a la base de la montaña mucho antes que el chacal.

El chacal se sintió muy avergonzado. El erizo, con bondad, le dijo:

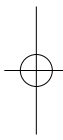
—Te eximo del compromiso contraído. No hace falta que llesves el cartel a la espalda, porque lo importante no es que los demás sepan cómo eres, sino que tú lo sepas y te corrijas.

—Jamás volveré a burlarme de nadie —prometió sinceramente el chacal—. Y mucho menos de un erizo.

Se fueron caminando juntos, como buenos amigos.



Con frecuencia el burlador puede ser el burlado. Son muchas las personas que para afirmar su ego utilizan el menosprecio y la malevolencia, que jamás son signo de fuerza, sino de debilidad y de mezquindad. Pero si un chacal puede modificar su actitud, ¿no puede hacerlo un ser humano?



El murciélago buscador

Era un murciélago que anhelaba fundirse con el sol, porque para él era el signo de la luz perfecta. Pero sabía bien que debido a su carencia de vista

nunca podría ver sus rayos, aunque sí viajar hasta el astro rey y fundirse con él. Comenzó a intentarlo, pero cada vez que lo hacía, después de unas horas, se cansaba mucho y se veía obligado a descender, perdiendo así, una y otra vez, el espacio ganado. Un ermitaño que observaba su denodado esfuerzo, le dijo:

—Aunque viajaras mil años, insensato animal, no lograrías alcanzar el sol. Lo que pretendes es tan absurdo como si una hormiga quisiera alcanzar la luna. Lo más razonable es desistir de tu locura.

Pero el murciélago, aun encontrando razonables las palabras del ermitaño, se propuso seguir en el intento y se dijo que nadie le haría cejar en su empeño. Así que siguió probando año tras año, infatigablemente, con renovada motivación y haciendo esfuerzos extraordinarios. Volaba y volaba sin descanso, hasta tal punto que, pasados algunos años, un día se preguntó en voz alta: «¿No habré volado tan alto que he dejado atrás el sol?» Pero un pájaro petulante le oyó y se apresuró a increparle:

—¡Eres el más necio, estúpido, miserable y ciego animal que he visto! No vas a ninguna parte, porque no haces otra cosa, idiota, que volar en círculo y no avanzas ni un centímetro en todo un día. Yo, que veo muy bien, sí podría ir al sol en el momento en que quisiera.

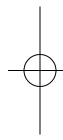


Cuentos espirituales del Himalaya

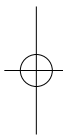
Pero tú, además, estás extenuado, abatido y sin ánimos. ¡Olvidate de tus bobos intentos!

—Es sorprendente —replicó el murciélago— que yo no tenga ojos para ver en el exterior y tú, al parecer, puedas ver con los tuyos en el interior de las criaturas. ¡Qué afortunado eres!

Y siguió volando y volando sin cesar, animado por una intensa motivación de unidad, sin desfallecer. Y en tan ardua empresa estalló su corazoncito, pero cuando su cuerpo estaba cayendo por el espacio, un rayo de sol lo alcanzó y lo atrajo hacia el seno del disco solar, fundiendo en él el cuerpecillo del murciélago. Por su parte, el pájaro arrogante todavía sigue vivo y continúa volando, pero de espaldas al sol, y aunque tiene vista, cada día está más distante del astro que lo ilumina.



No vivas de espaldas a tu sol interior. Prosigue en el esfuerzo y te absorberás, antes o después, en él, que es tu propio y genuino ser y la razón de ti mismo.



La tragedia de la memoria

Era un acaudalado individuo, por cierto de bastante mal humor, que había perdido la memoria. Pero la familia no aceptaba el hecho, porque el hombre, al no tener memoria, había dejado de dirigir sabiamente sus negocios y ya no asistía a las necesarias reuniones de trabajo ni organizaba bien sus empresas. Entonces recurrieron a curanderos, magos, demiurgos, herbolarios, médicos y todo tipo de especialistas, pero sin ningún resultado. La familia tuvo noticias de que había un hombre que se servía de numerosas técnicas y había tenido gran éxito incluso con personas dementes o mentalmente muy enfermas. Le hicieron venir, pagándole todo lo que el hombre exigió. Durante semanas, a base de distintos métodos, trabajó con el desmemoriado y por fin consiguió que el hombre de negocios recuperase la memoria. Pero cuando la recobró, lo mismo que antes de perderla, el individuo comenzó a ser déspota y agresivo, hiriente en palabras y actos, siempre alterado e irritable; o sea, que su vida y la de los demás volvió a ser un tormento. Pero en el alma del hombre había quedado el eco de que mientras había estado sin memoria se sentía bien, sosegado y alegre, libre de deseos obsesionantes, tensiones y conflictos, avidez y odio. Entonces acudió al especialista que le había devuelto la memoria y le dijo:

—Te lo ruego, te pagaré todo lo que me pidas, pero por favor, retorna mi mente al estado del que la sacaste.

La ofuscación, la codicia, el aferramiento, los viejos patrones mentales de avidez y odio, todo ello genera perturbaciones psíquicas y de comportamiento. ¡Cuánto mejor sería estrenar la mente todos los días y tenerla un poco más clara y pura!



Cuentos espirituales del Himalaya

Obsesionado

Era muy supersticioso. Un mago le echó el mal de ojo y estaba obsesionado porque algo muy grave le iba a suceder. Aunque todo el mundo le decía que eso eran pamplinas, él seguía muy preocupado por el mal que el brujo pudiera provocarle con sus maléficas potencias. Nadie lograba convencerle de lo contrario y se sentía muy desdichado. Entonces comenzó a sentirse muy mal físicamente y pensó que estaba comenzando a tener una enfermedad que acabaría por matarle. Hundido en la desesperación, fue a visitar a un maestro de la mente y le contó lo sucedido. Luego le dijo:

—Ya estoy muy enfermo. No puedo respirar bien, me duelen todos los huesos y me falta la energía. Si no hay algún remedio, moriré.

—Bueno, bueno, no te preocupes, amigo mío. Por fortuna dispongo de una receta infalible —dijo el maestro—. Te voy a entregar una palabra muy sagrada que me transmitió mi maestro y que a él le transmitió el suyo. Esta palabra todo lo puede. Es una fórmula muy poderosa. Tienes que repetirla todas las mañanas a lo largo de una hora y todas las tardes durante otra hora. Es una fórmula sanadora. Personas mucho más graves y enfermas que tú se han salvado. El mismo Dios entregó esta palabra a un maestro de la antigüedad y se ha ido legando secreta y celosamente de maestro en maestro. Guárdala muy en secreto.

El maestro acercó sus labios a la oreja del obsesionado y le recitó la palabra.

—Vuelve dentro de un mes. Estarás libre del maleficio y te sentirás mejor que nunca.

El hombre recitó todos los días la palabra, como se le había indicado. Cada vez se fue sintiendo mejor. Al mes, pletórico y lleno de vitalidad, regresó junto al maestro y le dijo:

—Jamás había sido tan feliz en mi vida. Me siento vital, alegre y con una gran fuerza. Estoy mucho mejor que antes del conjuro del mago. Soy un hombre nuevo. Pero, maestro, dime ¿qué significa la palabra que me entregaste?



Cuentos espirituales del Himalaya

—No tiene el menor significado —rió el maestro—. Me la inventé sobre la marcha. Con una invención te quité otra invención. Mira, amigo, es como ese hombre que soñó que un temible león venía hacia él a devorarlo; pero en el suelo apareció un revólver y, cuando el león iba a saltarle encima para devorarlo, el hombre disparó y mató al león. O sea, que con un revólver ilusorio mató a un león ilusorio y se salvó.

La mente genera sus creaciones y luego nos identifica con ellas y nos las hace ver como ciertas e incluso «razonables». Nadie es tan hábil en trucos y artimañas como ese monstruo en el que puede convertirse la mente.

El buscador occidental

Era un genuino buscador. Decidió viajar a los Himalayas para encontrar allí un maestro que pudiera ayudarle en la senda hacia la paz interior. Recorrió cumbres y valles, pueblos y ciudades, frondosas junglas y altiplanicies desiertas. Supo de un eremita que desde hacía muchos años vivía en la cima de una montaña y decidió ir a visitarlo. ¡Ansiaba tanto recibir alguna instrucción valiosa para avanzar por la senda directa hacia la liberación! Llegó a la base de la montaña, enfiló por una de las laderas y comenzó la penosa escalada. Horas después, cuando iba a medio camino, vio a un anciano que venía hacia él, con un saco a la espalda. Cuando se cruzaron, justo en ese momento, el anciano dejó el saco en el suelo y durante unos instantes, que parecieron una eternidad de sosiego y amor, miró fijamente al joven occidental. Ni una palabra, pero ¡cuánta elocuencia había en aquella mirada especial! Después, el anciano, que no era otro que el eremita, como en seguida comprendió el joven, cogió de nuevo el saco y se alejó. El joven se sentó a reflexionar. Había comprendido el mensaje. Es necesario despojarse del saco de los condicionamientos, patrones, prejuicios, oscurecimientos mentales y emocionales, ofuscación y todas las trabas de la mente.

No se puede cambiar y seguir siendo el mismo: eso es imposible e irreconciliable. Hay muchas cosas que perder para poder encontrar. Perder la ofuscación, la codicia, el odio, el ego, la ira y la envidia, entre otras muchas cosas. Entonces la pérdida se convierte en ganancia.

Sosiego

El maestro le insistía a su discípulo una y otra vez en el sosiego.

—Deja que tu mente se remanse, se tranquilice, se sosiegue.

—Pero ¿qué más? —preguntaba impaciente el discípulo.

—De momento sólo eso.

Y cada día exhortaba al discípulo a que se sosegase, superando toda agitación y encontrase un estado interno de quietud. Un día el discípulo, harto ya de recibir siempre la misma instrucción, preguntó:

—Pero ¿por qué consideras tan importante el sosiego?

—Acompáñame —le pidió el maestro.

Le condujo hasta un estanque y con un palo comenzó a agitar sus aguas. Preguntó:

—¿Puedes ver tu rostro en el agua?

—¿Cómo lo voy a lograr si el agua está agitada? Así no es posible —protestó el discípulo, pensando que el maestro se burlaba de él.

—De igual manera, mientras estés agitado no podrás ver el rostro de tu yo interior.

En la reconfortante quietud de la mente, cuando el griterío de los pensamientos es silenciado, brota la voz del ser interior.

Ejemplo

El discípulo se había comprometido a barrer todos los días la ermita y a lavar los cacharros a cambio de recibir la instrucción, pero era bastante holgazán y siempre se demoraba en exceso en cumplir estas labores. Todos los días, al amanecer, el maestro se incorporaba diligente, barría la ermita y lavaba los cacharros. Después de un tiempo, el discípulo le dijo:

—No me das tiempo para que yo haga las cosas. ¿Por qué las haces tú cuando acordamos que esa era mi labor?

El maestro le miró con ironía, pero cariñosamente, y le dijo:

—El verdadero maestro enseña con hechos y no solo con palabras, aunque ya veo que tú prefieres las palabras.

El discípulo se sintió muy avergonzado. Desde aquel día cumplió con su pacto y también comenzó a meditar más intensamente.

En cada acto sincero, atento, sosegado y bien intencionado reside una verdad muy poderosa.

Ayuda a los Desvalidos

El maestro no quería que su discípulo se entregara sólo a la meditación y abandonara las acciones generosas, porque para él la sabiduría consistía en combinar la dis-

ciplina mental con la acción generosa. Por eso, todas las tardes enviaba al discípulo a que prestase ayuda a los más desvalidos. Una tarde el discípulo fue a la leprosería y estuvo ayudando a los enfermos a comer y vestirse. Luego regresó a la ermita y esa noche el maestro le preguntó:

—¿Qué tal ha ido todo?

—¡Oh, muy bien! —exclamó el discípulo—. He ayudado muchísimo. Todo el mundo estaba encantado conmigo. He preparado comidas, he lavado, he confeccionado vendajes. He sido de mucha ayuda, tanta que incluso se lo he comentado al director de la leprosería y me ha felicitado. Sí, he ayudado enormemente.

Entonces, el maestro cogió la vela que estaba encendida y la arrojó a un pequeño fuego que había en el exterior para espantar a las alimañas. El discípulo se quedó consternado.

—¿A qué viene este acto impulsivo y absurdo? —preguntó con insolencia.

El maestro dijo:

—Como la cera se derrite en la hoguera, así se disipan los méritos de las buenas acciones de las que uno se ufana.

Haz lo mejor que puedas y lo más desprendidamente posible en todo momento y circunstancia. No importa que nadie lo sepa; tú lo sabes.

Sueños premonitorios

Un hombre muy codicioso, además de ser el amo de muchas tierras, tenía un caballo, una cabra, una vaca y un cerdo. Siempre estaba obsesionado con sus posesiones. Todas las noches le rogaba al Divino que salvase sus pertenencias y que la fortuna nunca le diera la espalda. Eso era todo lo que pedía. Y una noche soñó que el caballo iba a morir. Nada más despertarse, se dijo: «No voy a perder lo que vale el caballo; que se le muera a otro». Fue al mercado y lo vendió. A la noche siguiente, soñó que se moría la cabra, razonó de la misma manera y la vendió, diciéndose: «Que se le muera al comprador, a mí me da igual, porque tengo mi dinero». La siguiente noche soñó que se moría la vaca y nada más amanecer ya la había puesto a la venta y poco después se deshacía de ella. A la noche siguiente, soñó que se moría el cerdo y tampoco dudó en venderlo al día siguiente. «¡Menos mal que pude librarme de ellos antes de que murieran y así no he perdido el dinero!», se dijo suspirando aliviado y contento. Pero esa noche soñó que era él quien se moría. Aterrado, al alba, fue al santuario a rezar al todopoderoso señor Shiva y a pedirle una solución. Escuchó la voz de Shiva en el centro de su cerebro, diciéndole: «Véndete a ti mismo a ver si logras salvarte».

Los que tratan de sacar ventaja de todo, víctimas de su codicia sin escrúpulos, por mucho que posean, nada tienen cuando el emisario de la muerte viene a buscarlos.

El peor negocio

De todos sus discípulos, el maestro contaba con uno que era especialmente indolente. No había forma de corregirle. Iban pasando los años y no avanzaba nada espiritualmente, entre otras razones porque siempre estaba tumbado en la cama pensando en las musarañas o perdiéndose en cotilleos interminables o buscando otras muchas maneras de holgazanear. Cierta día, se unió al grupo de discípulos un hombre que era especialista en maquillar a los bailarines de danza clásica. Al maestro se le ocurrió una idea: le pidió al recién llegado que caracterizara al holgazán como si hubiera envejecido veinte años, mientras estuviese profundamente dormido. Así lo hizo el maquillador. El discípulo perezoso se levantó a media mañana y, saltándose como de costumbre tanto la meditación como las tareas domésticas, se dirigió a la fuente con intención de lavarse. Al ver su rostro envejecido reflejándose en las aguas, saltó espantado y fuera de sí. Comenzó a llorar desesperadamente y fue corriendo hasta el maestro.

—Pero ¿qué me ha sucedido? —preguntó entre sollozos irrimprimibles.

—Nada —dijo el maestro, simulando hábilmente—. ¿A qué te refieres?

—Pero ¿no me ves terriblemente avejentado?

—Bueno —dijo el maestro, divertido por dentro—, pues igual que te vi ayer y anteayer. Sí, ya te has hecho mayor. Lo peor es que has perdido el tiempo y no has avanzado nada espiritualmente. Has consumido tu vida sin ningún logro espiritual. Es el peor negocio.



Cuentos espirituales del Himalaya

El discípulo se echó al suelo llorando desconsoladamente, y se lamentaba con estas palabras:

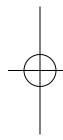
—¡He desaprovechado mi vida! ¡He quemado absurdamente mi existencia! ¡Soy viejo y no he hecho ningún progreso espiritual! ¡Es verdaderamente terrible! Si pudiera volver a la juventud...

—¡Qué mal negocio has hecho, querido mío! Pero ¿cómo vas a volver a la juventud perdida? Muy mal negocio, sí, porque incluso los diamantes, el oro y la plata pueden comprarse en el bazar, pero nadie puede comprar el tiempo.

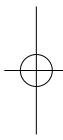
El maestro dejó que su angustiado discípulo llorara un rato. Después pidió un cubo de agua y él mismo con un paño le limpió la cara. A continuación le dijo:

—Ahora no sigas holgazaneando. Eres joven, pero la vida pasa muy rápido.

El discípulo se volvió el más diligente del grupo.



Parece que hay tiempo, pero apenas lo hay. Hoy es el mejor día para ejercitarse, practicar y autoconocerse. Cada segundo cuenta.



El maestro impostor

Siempre se presentaba a sí mismo como superior en todo. Un día le dijo a sus discípulos en el sermón de la mañana:

—Queridos discípulos, estáis ante un gran liberado viviente. Aprovechad mi presencia. Soy puro, autocontrolado, lúcido y he superado cualquier miedo. Jamás siento miedo en mi condición de liberado, porque vida y muerte ya son lo mismo para mí.

Esa tarde el maestro y los discípulos salieron a dar un paseo. Iban por un sendero cuando de pronto vieron a una serpiente sumamente venenosa atravesada en el mismo. El primero en salir corriendo despavorido fue el maestro, al que siguieron los discípulos. Cuando regresaron al ashram (comunidad espiritual), los discípulos le preguntaron al maestro por qué había sentido miedo. Él replicó:

—¿Miedo yo? No seáis ignorantes, queridos míos. No conozco el miedo en mi condición de iluminado, pero si me hubiera quedado impertérrito ante la serpiente, habríais pensado que exhibía mi intrepidez y eso sí que habría sido inexcusable, porque un iluminado no puede vanagloriarse. ¿Cómo he evitado ese riesgo? Pues, corriendo como vosotros.

El guía impostor siempre hallará hábiles excusas como pretexto.

Desprendimiento

Poco tenía, pero menos iba a tener. Había hallado la paz en la simplicidad de la vida, aunque un día había sido una persona acaudalada. Se lo había dejado todo a sus hijos y se había instalado en una casita en el campo. Dedicaba los últimos años de su vida a meditar. Tenía lo imprescindible: algún mueble, un jergón, algunos utensilios para la comida y poco más. Poco a poco había ido reduciendo sus necesidades y se sentía más contento que nunca. Una mañana salió a pasear y a la vuelta a su casita, vio a un ladrón que estaba cargando todas sus pertenencias en una carreta. El hombre le echó una mano al ladrón en su tarea, hasta que dejaron la casa totalmente vacía. El ladrón se dejó ayudar de buen grado y luego preguntó:

—¿Y quién eres tú? ¿Otro ladrón?

—No —dijo el hombre con ecuanimidad—, soy el propietario, pero, claro, la casa no te la puedes llevar en la carreta —sonrió.

El ladrón se asustó.

—No te preocupes —dijo el hombre—. Nada traje a este mundo y nada podré llevarme. Vete en paz. Que lo disfrutes.

Lo adquirido viene y se va, pero lo importante es que no se apodere de nosotros y nos utilice. La vía del desprendimiento es una de las más saludables, pero también es de las más arduas.

Naturaleza pacífica

Eran dos eremitas que llevaban años entrenándose en la quietud de la mente y la generosidad del espíritu. Vivían en la cima de una montaña desde hacía años y jamás

habían discutido. Un día, uno de ellos, divertido, le dijo al otro:

—¿Por qué no discutimos un poco, ya que nunca lo hemos hecho? Al parecer, todo el mundo lo hace.

—Si te empeñas —dijo el compañero—. Sí, es verdad, nunca hemos discutido ni regañado por nada.

—Pues ahora yo coloco esta escudilla entre nosotros y digo que es mía y tú afirmas que es tuya y empezamos a discutir, ¿te parece?

—De acuerdo.

Entonces el eremita que había tenido la idea dijo:

—Esta escudilla es mía.

El amigo replicó:

—No, es mía.

Y el otro dijo:

—Sí, es tuya.

Quando se han erradicado las raíces insanas de la mente (ofuscación, avaricia, odio y otras), es difícil incluso imitar estados o comportamientos negativos, porque de la pureza de la mente brota el comportamiento correcto.

El fruto del conocimiento

Un hombre fue a visitar a un yogui y le dijo:

—Voy a viajar a través de los sagrados Himalayas para encontrar un maestro que

me reporte el fruto del conocimiento.

—Yo te diría que sería mejor que ese tiempo lo aprovecharas para practicar aquí conmigo.

Pero el hombre no prestó atención al yogui y partió. Viajó sin descanso, conoció a muchos maestros y pasó muchas penalidades. El viaje se prolongó durante años. Finalmente accedió a un valle donde había un hermoso jardín en el que crecía un maravilloso árbol. Era el árbol que daba los frutos del conocimiento. ¿Y quién estaba al lado del árbol? El yogui con el que el hombre había hablado hacía años. Se dirigió a él y le dijo:

—Pero, yogui, ¿por qué no me dijiste que tú eras el custodio del árbol que proporciona el fruto del conocimiento?

—Porque entonces no me habrías creído.

Si nuestra actitud es la adecuada de todo podemos extraer una enseñanza y todo nos puede servir de ejercitamiento para la evolución de la consciencia. A veces la verdad puede estar muy próxima a nosotros y no sabemos percibirla porque nos estrellamos contra la superficie de las cosas o nos extraviamos en las proyecciones de nuestra mente. Pero si somos consistentes en la búsqueda, en su momento se manifestará el vislumbre de sabiduría.

El yogui del silencio

Había alcanzado una paz tal que la transmitía espontáneamente e incluso impregnaba de quietud toda la estancia en la que se hallaba. Venían a verle buscadores de muchos lugares y aquellos que tenían la suficiente sensibilidad en seguida conectaban con su poderosa y purísima vibración de sosiego. Llegó a visitarle un impertinente y acaudalado devoto, un hombre fatuo y exigente. Entró en la sala y se sentó frente al imperturbable yogui. El silencio era total. De repente y en mal tono, el hombre dijo:

—No he venido hasta aquí para no recibir nada.

Se dirigió al asistente del yogui y le dijo:

—¡Que me inspire con algunas palabras!

El asistente le replicó:

—Si no es capaz de inspirarte su elocuente y revelador silencio, no hay palabra que pueda conseguirlo.

El pensamiento y las palabras son imprescindibles, pero también insuficientes. Ocupan un lugar en nuestras vidas, pero solo eso. Más allá de las palabras y de los pensamientos, es donde surge el silencioso conocimiento revelador, que por su propia naturaleza es inexpressable y no está sometido a conceptos ni ideas.

La sabiduría dispone de su sabiduría

Un discípulo muy incrédulo le reprochó al maestro:

—Yo no puedo entender por qué a unos se les imparte conocimientos y a otros no, ni siquiera por qué unos buscan ese conocimiento y otros no. Me parece

injusta esa arbitrariedad. Incluso tú, como he comprobado, solo das conocimientos a unos y no a otros.

—Así es, así es —repuso impávido el maestro.

—Pero ¿quién eres tú para decidir? —le increpó insolentemente el discípulo.

—Nadie, nadie, por supuesto —repuso humildemente el maestro.

—Pues, entonces —se soliviantó el discípulo—, no te entiendo. Es una injusticia.

El maestro sonrió y dijo:

—No hables tan a la ligera. No hay nada más justo que la Sabiduría. El que se lo merece, recibe conocimientos; el que no se lo merece, no los recibe. ¿Hay mayor justicia? La Sabiduría tiene su sabiduría y es ella la que decide.

Al igual que un simple bisuterero no está capacitado para valorar un diamante, el que no tiene la suficiente sensibilidad espiritual no lo está para captar las enseñanzas y el conocimiento. Pero el que dispone de esa sensibilidad y de motivación, es merecedor del mismo. Nadie puede lamentarse de que el océano sea avaro, si sólo saca un cubo de agua del mismo.

Preguntas improcedentes

Un viajero se extravió en las desérticas altiplanicies. Había agotado el agua de su cantimplora y estaba a punto de morir de sed cuando sus gritos de auxilio fueron oídos por unas personas que viajaban en una caravana. Acudieron a donde estaba el agonizante y escucharon que murmuraba incesantemente:

—Agua, agua, por favor; agua.

Los presentes le miraron con detenimiento y comenzaron a preguntarse entre ellos cómo querría el hombre que le sirvieran el agua. ¿Directamente del pellejo? ¿En un recipiente de oro o de plata? ¿En una copa de cristal? ¿Vertida en una taza o en un vaso de metal? ¿Echándola en su propia cantimplora? Y todos comenzaron a charlotear y a brindar sus distintas opiniones, mientras el hombre acabó por morir de sed.

Lo urgente es eliminar la desdicha innecesaria de la mente y mejorar el comportamiento para beneficio propio y de los demás. En la búsqueda de la paz interior muchas preguntas son improcedentes, irrelevantes e innecesarias y nos apartan del objetivo esencial.

El monarca ególatra

Era un rey de muy escaso entendimiento, déspota y supersticioso. Hizo una promesa a su ídolo si le concedía un favor. Ésta consistía en capturar a las tres primeras personas

que pasaran cerca del castillo y obligarlas a adorar el ídolo con la amenaza de muerte al que se negara a hacerlo.

Al cumplirse su petición, el monarca pidió al jefe de su guardia que apresara a las tres primeras personas que transitaran junto al castillo. El jefe de la guardia real se encargó de ello y las tres primeras personas fueron un académico, un sacerdote y una ramera. Cuando estuvieron frente al monarca, éste les condujo hasta el ídolo y les ordenó que lo adorasen. El académico dijo:

—En el ámbito de la doctrina, a esta circunstancia la calificaríamos de «fuerza mayor» y como tal, el que se ve obligado a asumir esta situación está libre de responsabilidad de cualquier tipo, pues, además, ya hay muchos precedentes al respecto.

Y dicho esto, adoró al ídolo.

Le llegó su turno al sacerdote. Dijo:

—Al ser yo un representante del Divino, todas mis acciones automáticamente se purifican, así que no cometo ninguna falta.

Y el sacerdote adoró al ídolo.

Finalmente le tocó a la prostituta, quien dijo:

—¡Estoy perdida, pobre de mí! Ni tengo formación académica ni privilegios religiosos, así que, majestad, no tengo ninguna justificación para adorar al ídolo. Mátame si quieres.

La actitud de la mujer infundió una especial lucidez al monarca. Liberó a la mujer y ordenó encarcelar al académico y al sacerdote.

La mente dispone de una especial sagacidad para ser ladina y buscar todo tipo de pretextos, justificaciones y autoengaños para no enfrentar su propia realidad ni la realidad que le es ajena.

La enseñanza del padre

El padre era un hombre muy religioso y siempre le había enseñado a su hijo, desde su más tierna infancia, que todo era Uno y que la multiplicidad no era más que el reflejo de la Unidad. Pero el hombre nunca había meditado ni se había ejercitado espiritualmente, por lo que en él eran todo conceptos, en tanto que el hijo, un verdadero buscador, había transformado el concepto en experiencia. Un día, padre e hijo salieron de excursión. Estaban reposando junto al río, cuando una serpiente venenosa le mordió al muchacho. El padre se quedó aterrizado, en tanto que el joven estaba sumamente tranquilo.

—¡Tenemos que hacer algo, hijo! Pero ¿cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Por qué no, padre? Si todo es Uno, la serpiente se ha envenenado a sí misma. Morirá ella y no yo.

Hay dos tipos de conocimiento. El conocimiento o saber ordinario no es transformador; pero hay un conocimiento de orden superior que modifica la percepción, la actitud y el proceder.

Indigestión espiritual

Era un ser hambriento de enseñanzas, doctrinas, textos sagrados, conocimientos espirituales, claves iniciáticas y técnicas de autorrealización. Durante años se había

dedicado sin cesar a absorber conocimientos espirituales, aunque no practicaba. Era un gran erudito de religiones, vías espirituales, doctrinas metafísicas y enseñanzas místicas. Pero como él mismo comprobaba, apesadumbrado, de que no se producían cambios en su interior, acudió a visitar a un maestro muy humilde, que era conocido por su sencillez, su vida de pureza y su falta de conocimientos metafísicos. El buscador puso al corriente al mentor de su insaciable sed de conocimientos místicos y de su larga búsqueda espiritual. Entonces el maestro le pidió a sus discípulos que le dieran de cenar al recién llegado. Comenzaron a sacarle platos y platos de comida. El maestro le decía:

—Come, come. No dejes de saborear estos ricos manjares.

Y seguían ofreciéndole más y más platos, hasta que el buscador, a punto de estallar, sin poder tomar ni un bocado más, dijo:

—Por favor, no puedo más. Me he atiborrado. No podré digerir tanta comida.

—O sea —dijo el maestro— que si ahora te esperase el bocado más sabroso y nutritivo, ¿no podrías tomarlo?

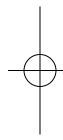
—Imposible, imposible—dijo enfáticamente el saciado—. Aunque fuera alimento celestial.



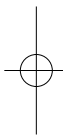
Cuentos espirituales del Himalaya

El maestro se quedó pensativo durante unos instantes. El visitante se sentía muy mal, con una enorme pesadez de estómago. El mentor dijo:

—La peor indigestión no es la que ahora padeces, sino la que te produce el caudal de conocimientos y doctrinas que te has tragado durante años. Así no puedes recibir ninguna enseñanza más. Tienes que hacer la digestión. Tardarás unas horas en digerir la comida que te hemos procurado aquí, pero meses en asimilar la otra. Así que durante meses lo único que te pido es que te dediques a labores domésticas y de ocio, y no ingieras ni una pizca más de alimento espiritual. Cuando lo hayas digerido, tras un largo y necesario ayuno, se te dará el alimento justo.



El afán acumulativo de la mente es tal que incluso tiende a coleccionar doctrinas, enseñanzas espirituales y métodos de autorrealización, añadiendo así confusión a la confusión y llenando de más cachivaches el trastero de la mente.



De espaldas a los milagros

Durante muchos años había meditado en la soledad y silencio de su gruta en los Himalayas. Después quiso compartir con los demás sus enseñanzas y formó una comunidad abierta a todo el mundo. En seguida contó con algunos discípulos muy cercanos e incondicionales. Estos tuvieron ocasión de comprobar que a veces el maestro hacía prodigios y milagros, pero siempre como a su pesar y tratando de frustrarlos. Entonces se decidieron a preguntarle:

—Maestro, hay algo que no terminamos de entender y nos tiene muy desconcertados. Si estás capacitado, como hemos descubierto, para hacer milagros, ¿por qué te niegas a ello e incluso ocultas ese don?

El maestro repuso:

—Es bien sencillo y vosotros mismos deberíais haberlo deducido si estuvierais un poco más maduros espiritualmente. Si yo hiciera milagros, la gente no vendría a recibir la verdadera enseñanza, sino a dejarse impresionar, a renovar su capacidad de asombro y a ver el espectáculo del maestro milagrero como el que contempla un número circense. No, queridos míos, jamás permitiré que mi energía lleve a cabo en público lo que llamáis milagros. Estaríamos traicionando a nuestra comunidad. La gente vendría a divertirse y sorprenderse. Si eso sucediera, volvería a mi cueva para siempre.

Son innumerables las personas que lo que buscan es distraerse con la denominada fenomenología oculta, pero muy pocas las genuinas buscadoras.

Adoración

El maestro tenía un grupo de discípulos con una marcada e incorregible tendencia a adorar, incluso al propio mentor. Éste se veía obligado a decirles una y otra vez:

—No quiero que me demostréis ningún tipo de adoración ni de obediencia ciega ni mucho menos abyecta.

Tenía que regañarles a menudo, porque se empeñaban en adorarlo y le rendían un excesivo culto. Pero un día el maestro decidió partir en peregrinación, los convocó y les dijo:

—Voy a nombrar a uno de vosotros mi suplente durante las semanas que esté fuera. Él se encargará de vigilar la disciplina y de leerlos los textos.

El maestro partió y el sustituto se hizo cargo de su papel. En unos días, el nuevo preceptor comenzó a comportarse de un modo altivo, distante e impositivo, en tanto que los discípulos comenzaron a rendirle pleitesía y adoración. Y el mentor cada día estaba más pagado de sí mismo y se había vuelto exigente hasta lo indecible y engreído.

Cuando el maestro regresó, los discípulos se quejaron de la soberbia y altivez del sustituto. Entonces el mentor les reprendió seriamente diciéndoles:

—Las dos partes sois responsables. Mi suplente ha desplegado toda su soberbia, vanidad y engreimiento, pero vosotros le habéis estimulado a ello con vuestro comportamiento mezquino e infantil.

Los falsos maestros son configurados por los falsos discípulos. Los «maestros» altivos son alimentados por los discípulos inmaduros. Hay que evitar fortalecer al enemigo, que es el falso mentor.

El enredador

Era un enredador por naturaleza. Sus aficiones eran calumniar, difamar, censurar y criticar. Cono-

ció a un hombre bueno, que impartía enseñanzas místicas a los demás. Fue a escucharle una tarde y desde ese día se dedicó a desprestigiarlo, diciendo:

—No es que sea mala persona, no, pero carece de cualquier brillantez u originalidad. Al parecer, siempre repite lo mismo. Se limita a decir lo que tantos han dicho. Es un hombre muy mediocre; un verdadero infeliz. De ése nada se puede aprender.

El maestro le hizo llegar una invitación que el difamador aceptó. Una vez estuvo cómodamente sentado, el mentor trajo una taza y se la dio a beber al invitado. Cuando éste probó el líquido notó que tenía un sabor horrible y que le abrasaba el paladar. Resoplando se quejó:

—Pero ¿qué maldita pócima es ésta?

El mentor dijo:

—Es té.

—Pero ¿qué asquerosa clase de té?

El maestro sosegadamente le explicó:

—Como tengo entendido que te gusta lo original y no las recetas repetidas, te he preparado un té especial, añadiéndole pimienta, chili y guindilla. Un té como el de siempre te hubiera resultado mediocre, ¿verdad?

Todo está dicho, pero muy poco está hecho. Del mismo modo que las aguas del océano son saladas dondequiera que las pruebas, así la enseñanza es siempre la misma aunque se exponga de modos diferentes. La Sabiduría no cambia; son las modas las que varían.

Depende del enfoque

Un hombre había cogido una cabra en brazos para que comiera de las ramas del árbol. Pasó por allí otro hombre y comentó:

—¿Qué haces?

—Ya lo ves. Tengo en brazos a la cabra y está comiendo hojas del árbol.

—Pero ¡qué tiempo innecesariamente perdido!

—Sí, pero a la cabra no le importa.

Innumerables son los enfoques y categorías de la mente. De ahí que cada persona tome las cosas de un modo diferente y que también, dependiendo de la mente, seamos más o menos afectables o veamos desde uno u otro prisma.

El médico

Era el médico más visitado de la ciudad. Atendía a miles de personas al año.

Un día estaba esperando a un enfermo, pero el paciente tenía que asistir a un juicio y le había pedido a su hermano que fuera al médico a decirle que no podía acudir a la cita. El hombre llegó a la consulta del médico y nada más entrar, el médico le dijo desde lejos:

—Tiene usted un cólico nefrítico y le voy a recetar...

—No, doctor, yo...

—Sí, se lo veo en la cara. Veo que le duele mucho, pero no se preocupe, porque le voy a recetar un medicamento que acaba de salir y...

—Pero doctor...

—Ya verá qué pronto se aliviará, ya lo verá. Pero no deje de tomarlo. Tiene usted, efectivamente, muy mal aspecto. Sí, la expresión y el color típicos de un cólico. Tome, tome la receta. Tres píldoras por día. Ya verá cómo en seguida se repone.

—Pero doctor —insistió el hombre—. Estoy perfectamente sano. Nunca he estado enfermo en mi vida ni me ha dolido jamás nada. Venía a decirle que tendrá usted que recibir otro día a mi hermano porque hoy no podrá venir.

El médico se sintió perplejo y avergonzado. Había visto a tantos enfermos que ya no sabía reconocer a los sanos.

Cuando la mente pone el acento en lo insano y negativo que se recrea en su espacio, ya solo tiene capacidad para ver la «enfermedad» en los otros, en lugar de su aspecto más saludable y hermoso.

Las patrañas de la mente

El monarca estaba cada día más triste. Todo le iba bien, pero una cosa le apenaba obsesivamente: era muy aficionado a la arquería y había adquirido notable destreza en la misma, pero sus súbditos y cortesanos eran muy deficiarios en este arte. O sea que el rey no tenía con quién competir. Eso le causaba pesadumbre y se sentía desgraciado. Entonces pensó que tal vez pudiera traerle algún consuelo un sabio que vivía retirado en el bosque. Le mandó llamar y le contó lo que le sucedía.

—Y cada día estoy más alicaído, porque es una lástima que ninguno de los que me rodea sea un buen tirador de arco y pueda medirme con él.

—Majestad —dijo el sabio—, deberíais sentir os afortunado.

—¿Por qué? —preguntó intrigado y un poco molesto el rey.

—Porque si hubiera excelentes arqueros en el reino, entonces estaríais muy preocupado intentando enfrentar os a ellos con éxito y obsesionado por saber si podríais superarlos o no. Esa es la mente, majestad.

Antes que nada hay que resolver la conflictiva naturaleza de la mente. Mucho más importante que disparar bien el arco o ejecutar diestramente otra actividad es aprender a conocer, orientar y dominar la mente.

La estratagema del gurú

El gurú quería dar un golpe de efecto en una ciudad donde la gente era muy devota. Habló con un pordiosero y le dijo:

—Voy a darte un dinero a cambio de que te presentes en la ciudad como si fueras un maestro y te dejes tomar por tal. Yo llegaré unas semanas después y le diré a la gente que eres un falsario y que deben agudizar bien el discernimiento y la lucidez, de la manera que yo les enseñaré.

El mendigo recibió una buena suma de dinero y comenzó a dar sermones entre las gentes de la localidad. Cada día tenía más seguidores y discípulos, que le rendían toda clase de honores y le ofrecían toda suerte de regalos. Era elogiado, respetado y venerado.

Unas semanas después, el maestro llegó a la localidad. En esos momentos estaba el pordiosero impartiendo gracia y recibiendo la adoración de innumerables personas.

—¡Alto! —gritó el gurú—. ¿No comprendéis que estáis adorando a un pordiosero sin el menor conocimiento ni sabiduría? Yo le pedí que interpretase este papel para que os dieseis cuenta, insensatos, de que tenéis que poner a prueba la sabiduría del maestro y no adorar a cualquier mentecato que se presente ante vosotros.

Los seguidores del mendigo, airados, comenzaron a gritar:

—¡Mientes, mientes! En todo caso tú serás el impostor. Este hombre es un gran maestro, un maestro perfecto.

Entre todos agarraron al gurú y le encerraron en la cárcel.

Las intenciones perversas pueden volverse contra el ladino, porque donde se pone una condición surgirá un resultado.

El maestro impecable

Era un discípulo sumamente exigente, a pesar de estar en un pobre nivel de entendimiento y con una escasa evolución espiritual. Después de años buscando maestros y descartándolos por no considerarlos dignos de enseñarle a él, halló uno que le pareció un mentor perfecto.

—¡Por fin he encontrado a un maestro impecable! A ti sí te permitiré que me impartas la enseñanza —dijo el discípulo.

Y el maestro repuso impávido:

—Pues no te la impartiré.

—¿Por qué?

—Porque un maestro impecable requiere un discípulo impecable y tú distas mucho de serlo.

Podemos llegar a ser sumamente indulgentes con nosotros mismos y, sin embargo, implacables con los demás. Si no cambiamos de actitud, todo progreso interior queda frenado.

La expulsión del discípulo

En una comunidad espiritual, el maestro hizo llamar a uno de sus discípulos y le anunció:

—Con todo cariño debo decirte que he decidido pedirte que te vayas del ashram.

—Pero ¿por qué? —preguntó al punto el joven.

—Por fidelidad.

—¿Por fidelidad?

—Sí, por haber sido extraordinariamente fiel.

Indignado y vociferante, el discípulo protestó:

—¡Esto es increíble! Es la primera vez en el mundo que echan a alguien por fidelidad.

—Por tu fidelidad —explicó el maestro— a lo largo de muchos años. Tu fidelidad al embuste, la holgazanería, la irritabilidad, la descortesía, la negligencia y la vanidad. Nadie ha sido tan fiel como tú, amigo mío.

El transcurso del tiempo no nos modifica, salvo que trabajemos diligentemente sobre nosotros mismos. No es la experiencia lo que muta, sino lo que uno sea capaz de hacer con la experiencia y cómo logre instrumentalizarla sabiamente para el cambio. Aunque sean modificaciones muy pequeñas las que vayamos consiguiendo, con paciencia y perseverancia, la suma de las mismas irá transformando nuestra mente y nuestro carácter, porque de otro modo seremos «como bueyes engordando en kilos pero no en sabiduría». (Buda)

No tengo ni idea

Era un sabio en peregrinación. Cruzó por un pueblo donde la gente se jactaba de ser muy devota. Cuando los del pueblo se enteraron de que había llegado, corrieron a conocerlo y comenzaron a hacerle preguntas.

—¿De dónde vienes, venerable sabio?

—No tengo ni idea —repuso el peregrino.

—¿Y adónde vas? —preguntó otro.

—Y yo qué sé.

—¿Qué es el bien? —preguntó otra persona.

—No sé —contestó el sabio.

—¿Y el mal?

—Ni idea.

Todos estaban perplejos y comenzaban a sentirse indignados.

—¿Qué es lo correcto?

—Lo que me place —respondió el peregrino.

—¿Y lo equivocado?

—Lo que no me place.

La gente empezaba a sentirse irritada y no salía de su asombro.

—¿Qué es la Sabiduría? —preguntó otro asistente.

—Lo que me viene bien.

—¿Y la ignorancia?

—Lo que no me interesa o no comprendo.



Cuentos espirituales del Himalaya

Entonces todos los presentes perdieron la paciencia y comenzaron a increpar al sabio. Pero había un joven que sí era realmente un buscador e intervino para expresarse así:

—¡Necios! Vosotros sí que no tenéis ni idea de nada y lo único que hacéis es seguir mecánica y ciegamente el ritual. Lo que ha hecho el sabio es representar el papel de las personas comunes. Vosotros, en lugar de percibir que sois así, le despreciáis. No hacéis, pues, otra cosa que despreciaros a vosotros mismos.

A menudo lo que tanto nos irrita en los demás, también está en nosotros mismos. El avaro se siente especialmente indignado ante el avaro, el vanidoso ante el vanidoso y el envidioso ante el envidioso.

El diamante de la sabiduría

Era un discípulo malintencionado. En realidad estaba junto al maestro no para aprender espiritualmente, sino para ver si conseguía algunos poderes.

Una noche descubrió que el maestro estaba mostrándole un diamante a otro discípulo y le decía:

—Para mí este diamante, querido mío, es el de la Sabiduría, porque me lo entregó mi preceptor al iniciarme hace muchos años.

El perverso discípulo aprovechó una noche en que el maestro estaba dormido y robó el diamante de la Sabiduría. Después huyó y creyéndose dueño del saber iluminado, comenzó él también a tratar de hacerse con discípulos y pasar por un liberado-viviente. Consiguió hacerse con discípulos, porque siempre hay tontos que siguen a otros más tontos, pero no pudo conquistar ni un gramo de sabiduría, como también pretendía neciamente. Pasado el tiempo, un día se encontró con su antiguo maestro y éste le dijo sosegadamente:

—Ya sé que te llevaste el diamante, pero no importa, porque un diamante puede volver a conseguirse, pero tú nunca obtendrás la más preciosa de las gemas: la de la Sabiduría. Conquistarla no es tan fácil como robar un diamante.

Para recorrer la senda hacia la liberación hay que superar las trabas de la mente, ejercitar la genuina virtud, desarrollar intenciones puras y llevar a cabo la acción correcta. La Sabiduría no le es dada al que no se hace merecedor de ella.

Aprender a distinguir

Nada más clarear el día, decidió ir al médico, porque no había pegado ojo en toda la noche por culpa de un fuerte malestar en el estómago.

—Doctor —dijo con la voz entrecortada—, no puedo soportar el dolor. Es horrible.

—Bien, bien. ¿Qué cenó usted anoche?

—Doctor, tomé una gran cantidad de pan muy caliente y he debido sufrir una indigestión.

Entonces el doctor le extendió una receta y, al entregársela, le dijo:

—Aquí le receto unas gotas para los ojos.

—¿Para los ojos? —preguntó en el colmo de la extrañeza el paciente.

—Sí —afirmó el doctor—. Su problema no es de estómago, sino de vista, porque no ha sabido distinguir entre el pan caliente y el pan frío.

A menudo muchos de nuestros problemas y de los conflictos y desdichas que generamos ocurren por no saber ver con claridad y aprender a discriminar.



Cuentos espirituales del Himalaya

La muerte de la paloma

Muchos maestros de los Himalayas recurren a este precioso cuento cuando imparten enseñanzas sobre el ser real. Una paloma, atolondrada, se coló en un minúsculo templo

de paredes espejadas, en cuyo altar el sacerdote había colocado una primorosa flor, que se reflejaba en las paredes del santuario. La paloma, al ver estos reflejos, los tomó por reales y, en busca de la flor, comenzó a lanzarse de una a otra pared, golpeándose contra ellas hasta que su frágil cuerpo se reventó. Solo entonces, ya muerta, fue a caer sobre la flor verdadera.

No te dejes aturdir por los reflejos y consumas tu vida persiguiéndolos, en lugar de dirigirte hacia la «flor» de la Sabiduría.

Hipocresía

La criada cuidaba a una niña que había enfermado de gravedad. Cada vez que pensaba que alguien podía escucharla, se expresaba así:

—Dios mío, no consientas que le suceda nada a esta criatura. Si es necesario llévame a mí contigo. No permitas que muera. Si eso tiene que ocurrir, elígeme a mí, que ya soy una anciana. No me importa morir a cambio de esta pequeña. Escucha mi petición.

Y así murmuraba cuando alguien podía oírla. La gente, naturalmente, comentaba el buen corazón de la anciana. Pero un día, de repente, un zorro que buscaba gallinas metió la cabeza en la casa donde trabajaba la anciana sirvienta. Al ver al animal, pensó que seguramente Dios había atendido su petición, por lo que comenzó a correr por la casa gritando:

—No, no, muerte, que yo no soy la enferma. Yo estoy muy sana y me quedan muchos años por delante. La enferma es la niña; es la niña.

Antes o después, se desenmascara a un hipócrita, pero aunque los demás no lo descubrieran, él mismo es ya su propio castigo.

El teatro de la mente

Un anciano, tras muchos años residiendo fuera de su pueblo natal, decidió volver al mismo en las postrimerías de la vida. Se enteraron sus amigos de entonces y decidieron gastarle una broma. Acudieron a recibirle varias leguas antes de que llegara al pueblo. Se puso muy contento. Cuando pasaban por una localidad todavía distante, le dijeron:

—Este es tu pueblo.

—¡Oh, mi pueblo! —exclamó emocionado el anciano.

Al pasar por una de las casas, le indicaron:

—La casa donde vivías de niño.

—¡Oh, mi casa! —gimió conmovido el anciano.

Al pasar junto a unas tumbas le aseguraron:

—Ahí están enterrados tus familiares.

—¡Oh, mis familiares! —y el anciano comenzó a llorar desconsoladamente.

Arrepentidos, los bromistas le dijeron:

—Perdónanos, amigo de la juventud, te hemos gastado una broma. Este ni siquiera es tu pueblo.

Horas después llegaron al pueblo del anciano. Cuando le enseñaron el lugar donde estaban enterrados sus parientes, permaneció tan tranquilo. Todos se extrañaron ante su indiferencia, pero el anciano dijo:

—Bueno, ¿de qué os extrañáis, patosos? Cuando creí que mis familiares estaban enterrados en el otro cementerio ya sufrí por ello.

La realidad de la mente se impone a otras realidades, porque todo se percibe a través de ella. De ahí lo necesario que es cuidar, ordenar y armonizar la mente, porque también sufre o goza según sus creencias y proyecciones.

La pócima de la inmortalidad

Un alquimista visitó el reino y al encontrarse con el monarca, le dijo:

—Majestad, por tratarse de ti, puedo, si lo deseas, ofrecerte

una pócima que te procurará la inmortalidad.

El rey, ante tan sorprendente ofrecimiento, se quedó perplejo y sin saber qué decidir. Tan confuso estaba que decidió convocar al consejo de sus siete sabios, formado por seis humanos y un perro. Les expuso la cuestión y los seis sabios humanos le aconsejaron:

—Majestad, nosotros no lo dudaríamos. Toma la pócima y sé inmortal. ¿Qué más podría anhelar un ser humano?

Pero el perro argumentó:

—Yo no lo haría nunca, majestad. ¿De qué sirve vivir eternamente si no podemos contar con nuestros seres queridos para disfrutar de la vida?

El rey destituyó a los seis sabios humanos y solo se quedó con el sabio perruno. Fue una gran elección y nunca se arrepintió.

La vida adquiere todo su significado cuando amamos y nos hacemos dignos merecedores de que nos amen. Nadie ama como un perro o casi nadie.

El árbol celestial

Desde tiempos inmemoriales ha habido muchos maestros en los Himalayas y han gustado de servirse del cuento del árbol celestial, pues éste concede aquello que uno piensa. Había un vagabundo que llevaba muchos días de aquí para allá, sin encontrar cobijo ni alimento. Extenuado, se sentó bajo un árbol y el destino quiso que fuera el árbol celestial. El hombre, exhausto como estaba, pensó: «¡Qué agradable sería poder saciarme de algunos exquisitos manjares!» Y en ese momento aparecieron ante él unas succulentas viandas, que devoró hasta saciarse. Una vez satisfecho el estómago, pensó: «Sería delicioso poder disponer de ropas nuevas y limpias». En seguida su cuerpo estaba ataviado con lujosas y extraordinarias prendas, por lo que se sintió muy dichoso. Entonces pensó: «¡Sería magnífico que una joven diera un masaje a mis llagados pies!» Una doncella apareció ante él y comenzó a dar un primoroso masaje a sus fatigados pies. Estaba muy a gusto, pero de repente pensó: «¿Y si ahora viniera un león y me comiera?». Y en ese instante apareció un león y lo devoró.

El pensamiento es desleal y traidor y se convierte, cuando no es controlado, en el ladrón de toda felicidad.

Cuentos espirituales del Himalaya

El tigre y la vaca

En la naturaleza del tigre está el matar, y en la de la vaca, el ser pacífica. Un tigre iba siguiendo sigilosamente a una vaca para saltar sobre ella y devorarla en el momento oportuno, pero ésta se dio cuenta, se volvió y dijo:

—Amigo tigre, sé que me vas a matar.

—Así es, vaca, porque está en mi naturaleza matar.

—Pero te pido un favor. Tú eres un tigre orgulloso y no puedes defraudarte a ti mismo. Se que me lo concederás. Tengo que dar de mamar a mi ternero, porque ya es la hora y me está esperando en el establo. Le daré de mamar y te prometo que volveré.

El tigre vaciló durante unos instantes. Pensó: «Un hombre se puede defraudar a sí mismo, pero un tigre como yo, no». Dijo:

—Vaca, ve a alimentar a tu ternero.

La vaca fue al establo, alimentó a su cría y le explicó que tenía que volver y entregar su cuerpo, como había prometido, al tigre. El ternero no quería que se fuera, pero la vaca le dijo:

—Mi muy querido hijo, si también las vacas comenzamos a faltar a nuestras promesas, ¿qué será del mundo?

Le dio un lametón al ternero y se fue a buscar al tigre. Al verlo, le dijo:

—Sé que está en tu naturaleza matar, amigo mío. Aquí me tienes. Este cuerpo ahora te pertenece.

El tigre se quedó pensativo. Después de unos instantes, dijo:

—Vaca, eres estupenda. Has cumplido tu promesa, incluso teniendo que abandonar a tu hijo y dar tu cuerpo en alimento. No te comeré; al contrario, me has hecho sentir tanto afecto por ti que ahora mi naturaleza ha cambiado. Te considero mi hermana y a tu ternero, mi sobrino. Ve en paz.

Si hay motivación y compasión, todos podemos modificar nuestras tendencias destructivas y mejorar nuestro comportamiento hacia los demás.

Las aventuras del mono

El mono fue a la barbería y le pidió al barbero que lo afeitara. Mientras lo afeitaba, le cortó una oreja por un descuido. Entonces el mono le dijo:

—Bueno, dame tu navaja como recompensa por la oreja que me has cortado.

—De acuerdo —convino el barbero.

El mono se fue al campo y vio a una mujer arrancando hierba.

—Te cambio mi navaja por tu abrigo y así te será fácil cortar la hierba.

Se marchó a otra parte, con el abrigo, y se encontró con un vendedor de mantequilla. Le cambió el abrigo por una tinaja de mantequilla. Luego se cruzó con una pastelera.

—Toma, mujer —dijo—, haz dulces con esta mantequilla y nos los repartiremos.

Pero en cuanto estuvieron preparados los dulces, los cogió todos y salió a la carrera. Se tropezó con un campesino con un arado, un caballo y un cebú y le dijo:

—Tú descansa un rato que yo araré por ti.

Tan pronto como el campesino se distrajo, se subió a su caballo y partió al galope, hasta que se encontró con unos novios que iban hacia el templo a celebrar su boda. La novia iba montada en un palanquín y el novio la acompañaba a pie.

—Tú te mereces ir a caballo en un día tan señalado como hoy —le dijo el mono al novio—. Móntate en mi caballo.



Cuentos espirituales del Himalaya

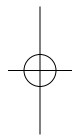
Mientras el novio se subía al caballo, el mono aprovechó para huir con la novia. Corrieron y corrieron, pero tuvieron que detenerse a descansar. Entonces, ella le dijo:

—¡Cuánto me gustaría peinarle el pelo de la cabeza! ¡Eres tan guapo!

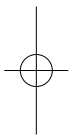
El mono se sintió muy halagado.

—Inclina la cabeza para que pueda peinarle bien. ¡Eres tan atractivo!

El mono no cabía de satisfacción. Cuando agachó la cabeza, la novia cogió una piedra y la estrelló contra la misma, huyendo a continuación. La pedrada puso término a las aventuras y desventuras del simio.



No es de extrañar que siempre se haya comparado la mente con un mono ebrio y loco, de aquí para allá. Es necesario ir poniendo los medios para se torne más calma, lúcida y constructiva.



La justificación

En un cristalino arroyo de la montaña, un cordero empezó a saciar su sed. Un

tigre que andaba por allí cerca, unos metros más arriba, dijo:

—Estúpido cordero, ¿por qué enturbias el agua de mi arroyo?

—Pero, tigre, ¿cómo voy a enturbiar el agua de tu arroyo si yo estoy más bajo que tú? Eso es imposible —repuso el cordero.

—Pero lo hiciste ayer.

—Ayer yo no estuve aquí, te lo aseguro —replicó el cordero.

Entonces dijo el tigre:

—En ese caso, no cabe duda, fue tu madre.

—Mi madre murió hace mucho tiempo, tigre.

—¡Ah!, seguro que fue tu padre.

—Por desgracia —dijo el cordero— no he conocido a mi padre.

—Bueno, bueno —dijo el tigre—, entonces fue tu abuelo o tu bisabuelo.

Se lanzó sobre el inofensivo cordero y lo devoró.

Siempre se puede recurrir a una justificación o auto-engaño para proceder incorrectamente y más aún, las personas malevolentes o las que solo piensan en sí mismas.

Cuestión de imaginación

Era un monarca soberbio y despreciativo, que disfrutaba humillando y riéndose de su bufón. Éste, ciertamente, no parecía muy despierto y el rey se cebaba cruelmente con él.

En una ocasión, un pintor cubrió de hermosos frescos una de las paredes de la alcoba real. Pintó bellísimos cuerpos de mujer de perfil. Cuando el bufón los vio, preguntó:

—Pero, majestad, ¿dónde está el otro lado de estos hermosos cuerpos?

—¡Serás idiota, miserable bufón! —exclamó el rey—. El otro lado no se pinta, sino que se imagina —y, diciendo esto, le propino una bofetada al hombrecillo.

Pero dos días después, cuando el monarca entró en su alcoba, vio, estupefacto, que una de las paredes de la misma estaba llena de manchones verdes.

—Pero ¿qué es esto?— gritó.

El bufón acudió y dijo:

—Majestad. También yo disfruto pintando. Lo he hecho yo.

—Solo veo manchas verdes. ¿Qué es esto? —preguntó el rey tan desesperado como desconcertado.

—¿No está claro, majestad? Es una vaca pastando.

—Pero ¿dónde está la vaca?

—Majestad —explicó el bufón— después de pastar, como es natural, se ha marchado al establo.

Hasta la persona más soberbia y astuta puede caer en sus propias trampas. Extiende sobre los demás la benevolencia y compasión que deseas para ti.

Los petulantes mentirosos

Un cuervo y un buitre entablaron una sonada bronca. Cada uno de ellos aseguraba que su especie era anterior a la del otro.

—Nosotros los buitres somos mucho más antiguos que vosotros los negruzcos y feos cuervos.

—Nosotros los cuervos somos muy anteriores a vosotros los espeluznantes buitres.

Terminaron por liarse a picotazos. Pasó por allí una garzapolicía, los detuvo y los envió al juez.

El día de la vista, el juez escuchó las pruebas de uno y otro.

—A ver, buitre, ¿en qué te basas para decir que erais anteriores a los cuervos?

Arrogante y altivo, exagerando, el buitre dijo:

—Muy fácil, señoría, antes de que Dios crease el mundo, ya estábamos los buitres anidando en los árboles.

—¡Ah! —exclamó el juez—. Y tú, cuervo, ¿en qué te fundamentas para asegurar que los cuervos sois anteriores a los buitres?

Prepotente y vanidoso, el cuervo dijo:

—Pues nosotros, antes de que se crease el mundo, ya estábamos saciando nuestra sed en los lagos.



Cuentos espirituales del Himalaya

—¡Ah! —exclamó el juez, añadiendo:— Pues uno y otro iréis a prisión por tiempo indefinido. No sabía yo que antes de crearse el mundo ya existieran árboles y lagos. Además de engreídos, os comportáis como unos bobos y eso es mucho peor, porque no es propio de vuestras especies.

El ego recurre a cualquier impostura para seguir creciendo, puesto que él es la mayor impostura. En el trabajo interior, debemos poner mucha atención y esfuerzo para dominar el ego, porque con demasiado ego no solo no se puede ser dichoso ni dar felicidad a los otros, sino que se detiene el proceso de evolución interior.

Cuentos espirituales del Himalaya

El cerdito

Un mentor tuvo una intuición de cómo sería su próxima reencarnación. Llamó a su discípulo y le dijo:

—Querido mío, quizás por condiciones de otras vidas, en la próxima naceré como cerdo. ¿Ves aquella cerda a lo lejos? Moriré en unos días y luego naceré de ella. Yo seré el cuarto cerdito de su camada. No quiero vivir como cerdo. Vendré al mundo con una marca en la ceja izquierda y en cuanto me descubras, coge un afilado cuchillo de matarife y degüéllame en el acto. No dejes de hacerlo. No quiero tener una vida de cerdo. Eso nunca.

Aunque al discípulo le hacía muy desgraciado tener que hacer lo que le mandaba el maestro, prometió que seguiría sus indicaciones.

—Ya te digo —insistió el mentor—, me niego a llevar la vida de un cerdo. Mátame en cuanto nazca.

Unos días después el maestro murió. Pasó el tiempo, la cerda quedó preñada y parió numerosos cerditos. El discípulo cogió al que tenía la marca en la ceja izquierda y se dispuso a degollarlo, pero de repente el animalito habló:

—¡No, detente, no me hagas daño, no me quites la vida!

El discípulo dejó el cuchillo suspendido en el aire, atónito.

—¡No me mates! Olvídate de la promesa que me hiciste. ¡Qué imbécil fui al pedirte aquello! Ahora soy un cerdito muy feliz y recibo mucho amor de mi madre. Por nada del mundo quisiera ser otra cosa que un cerdo. No sé si te di buenas enseñanzas como humano, pero te daré una como cerdito: «La vida de un cerdo también es sagrada, muy sagrada, como la de un águila o una garza». ¡Déjame vivir!

*Las criaturas vivientes forman una gran familia.
Todas tienen una función y son igualmente dignas e importantes.*

El peligro de la ostentación

El marido de una joven se había ausentado y ésta, muy triste, todas las tardes salía a pasear por un jardín. Un cuervo era su única compañía y la mujer, después de varios días, le dijo agradecida:

—Amigo cuervo, como has sido mi compañía en ausencia de mi amado esposo, cuando éste regrese te regalaré mi gorro de oro.

—¡Oh, qué bien! —exclamó encantado el cuervo—. Así podré lucirlo y todos me verán con él puesto.

Cuando regresó el esposo, la mujer cumplió su promesa, entregando su gorro de oro al cuervo. Este se lo colocó enseguida sobre la cabeza y comenzó a revolotear, encantado de llamar la atención y ser envidiado por su reluciente gorro de oro. Estaba tan regocijado que voló de aquí para allá, para lucirse. Pero de repente un halcón contempló la refulgencia dorada que surgía del cuervo. Veloz como un rayo, se lanzó sobre él y le dio muerte.

La humildad, la prudencia y la sencillez pueden ser los mejores aliados, en tanto que aparentar, mostrarse ostentoso y lucirse pueden atraer a muchos y peligrosos «halcones».

Añoranza

Un sacerdote muy engreído alardeaba de sus pláticas que, según él, eran magníficas. A menudo, con una actitud ególatra, hacía saber a los demás que no había un predicador como él. Se tenía a sí mismo por muy ocurrente, sagaz y elocuente.

—Nadie como yo es capaz de impresionar tanto a los que me escuchan —se jactaba de continuo.

Un día como otro de tantos, tuvo lugar el oficio. El sacerdote, altivo, comenzó a hablar a sus feligreses. Arremetió contra los pecados e hizo referencia a los espantosos castigos que les esperaban a quienes los cometieran. De repente, un hombre se puso a llorar desconsoladamente. El predicador, muy arrogante, dijo:

—Mi pobre amigo. Te están impresionando mucho mis sabias palabras, ¿verdad? Sí, tengo una especial capacidad para alcanzar de lleno el corazón de los que me oyen.

Pero el hombre, un sencillo habitante de las montañas, replicó:

—¡Oh, no! Ni siquiera sé lo que estabas diciendo. Lo que sucede es que tu tupida barba me recuerda mucho a la de mi macho cabrío, que el pobre murió hace unos meses. ¡Siento tanta pena!

Todo el auditorio no pudo por menos que estallar en sonoras carcajadas, dejando en el mayor ridículo al predicador.

El vanidoso no tiene ojos para ver a los demás, pero tampoco para verse a sí mismo tal cual es. Esa falta de visión termina por provocar las burlas de los otros, con lo que el vanidoso está consiguiendo justo lo contrario de lo que desea obtener.

La plaga

Una terrible plaga había asolado muchos reinos de Asia dejando cientos de miles de muertos. Un día llegó a las puertas de la India. Los sabios de los Himalayas se reunieron en asamblea para ver qué podían hacer. Decidieron que se realizaran incesantes meditaciones y plegarias en honor del dios Shiva, el señor de los yoguis, la poderosa y aguerrida deidad que tiene siempre despejado el ojo de la Sabiduría. Tantas oraciones y ofrendas se le hicieron, que Shiva se presentó a uno de los sabios y le dijo:

—Estoy muy satisfecho de vuestra inmovible devoción. Estad tranquilos. Uno de mis aliados os va a proteger. Él vigilará las fronteras.

Una noche la plaga llegó a la frontera del norte, pero el aliado de Shiva la descubrió. Durante toda la noche mantuvo una feroz lucha contra el espíritu de la plaga, que incluso arrasó montañas y junglas. Finalmente llegaron a un acuerdo: la plaga sólo se llevaría una persona en la India y luego partiría. Lo prometió.

Pero unos días después, saltó la escalofriante noticia: la plaga había acabado de golpe con cien vidas. El aliado de Shiva, enfurecido, fue a su encuentro y le gritó:

—¡Maldita y miserable plaga! Me prometiste llevarte una vida y te has llevado cien.



Cuentos espirituales del Himalaya

—Calma, aliado de Shiva —dijo la plaga—. He cumplido mi promesa. Shiva, con su ojo de la Sabiduría, sabrá que digo la verdad. Yo solo maté a una persona, pero las otras noventa y nueve se murieron de terror. Unas tenían un simple catarro; otras estaban cansadas o carecían de apetito; otras estaban tristes o abatidas y cuando murió una de las personas de la peste, las otras imaginaron que también la tenían y murieron de miedo. Yo maté a una persona, pero noventa y nueve se mataron a sí mismas.

La imaginación descontrolada y el miedo infundado son a menudo peores que las plagas.

La gata y su hijo

El que antaño fuera un temible y fiero tigre, había envejecido y perdido su dentadura. Cada vez que iba a comer, venían las ratas y se comían su alimento. El tigre estaba adelgazando mucho y su vida corría peligro. ¿Qué hacer? Un amigo zorro le aconsejó que tomara a su servicio una gata y que ésta mantendría a raya a las ratas. Contrató una gata y ésta, que no era tonta, pensó: «Yo no voy a permitirles a las ratas que se coman la comida de mi señor, pero no acabaré con ellas, porque entonces ya no me necesitaría y prescindiría de mis servicios». Pero pasadas unas semanas, la rata quería ir al cine una noche. Para ello solicitó al tigre que le permitiera ser sustituida esa noche por su hijo. Al tigre le pareció muy bien. La gata se fue al cine y el hijo cuidó el alimento del tigre. Pero el gato, en lugar de mantener a raya a las ratas, se dedicó a cazarlas una por una y a matarlas. Cuando al día siguiente vino la madre y vio a todas las ratas muertas, exclamó: «¡Insensato! Me has dejado sin empleo y nos hemos quedado sin medios para vivir. Ya deberías saber que los que aparentemente pueden considerarse nuestros enemigos, los podemos convertir en nuestros amigos de manera que cooperen con nosotros, como las ratas hacían conmigo aunque ellas no lo supieran».

Del instinto de destrucción nada bueno ni provechoso se deriva en ningún sentido y, por necesidad, alejamos de nosotros aquellos que pueden colaborar en nuestra dicha del mismo modo que nosotros podemos colaborar en la suya. Esa es la postura más sabia y debería ser la más humana.

La vasija de aceite

El tendero colocó sobre la cabeza del ayudante una vasija de aceite y le ordenó que la trasladase hasta la casa de un cliente. Dijo:

—La cliente es muy rica y me ha dicho que cuando le entregues la vasija te dará una buena propina.

Mientras iba caminando el muchachito, con la vasija de aceite sobre la cabeza, pensó: «Como es una mujer muy rica, me dará una generosa propina. Con ese dinero compraré una cabra y cuando tenga cabritillos, los venderé y me compraré una vaca. Será una vaca que dé mucha leche y vendiendo la leche, en poco tiempo conseguiré el dinero suficiente para comprar unos búfalos. Con ellos trabajaré en el campo y ganaré el dinero suficiente para comprarme una casa, me podré casar con una atractiva mujer y tendré maravillosos hijos. Pero no dejaré que mi mujer me dé órdenes. Cuando me exija volver pronto a casa, diré que no». Y diciendo que no, movió negativamente la cabeza y la vasija de aceite se vino abajo, derramándose por el suelo el preciado líquido. El muchachito comenzó a llorar. Pasó por allí un hombre rico y le preguntó:

—¿Qué te sucede, amigo? ¿Por qué tus lágrimas caen hasta tus pies?

—¡Ay, señor! En un segundo he perdido mis animales, mi casa, mi mujer y mis hijos. ¿Cómo no voy a llorar? ¡Es demasiado para perderlo en un solo segundo!



Cuentos espirituales del Himalaya

Cuando el hombre se enteró de lo sucedido, se dijo: «Parece un buen chico. Voy a ayudarlo». Y le dio una espléndida propina, pero advirtiéndole:

—Cuando se lleva aceite, hay que estar atento a lo que se está haciendo. Si no estás atento a lo que haces, no lo harás bien, y no podrás llegar ni siquiera a tener una cabra.

A menudo la imaginación usurpa el lugar de lo que es en cada momento. El momento siguiente parte del momento actual. Estando atentos a cada instante y situación, evitaremos dolorosos percances de cualquier orden.

El consejo del faquir

El rey y la reina estaban sentados junto a la chimenea, cuando de pronto se oyó el canto de una perdiz. El rey aseguró:

—El canto viene de la derecha.

La reina dijo:

—Viene, querido rey, de la izquierda.

—Vamos a apostar —dijo el rey, porfiando—. Si viene de la izquierda, como tú dices, te entregaré mi reino, y si viene de la derecha, como digo yo, me entregarás las tierras que heredaste de tus antepasados.

—De acuerdo —convino la reina.

Salieron fuera del palacio y comprobaron que la reina tenía razón. El rey comenzó a disponerlo todo para que la reina se quedase con su reino, pero los consejeros le dijeron al monarca que eso era una estupidez supina y que lo que tenía que hacer era deshacerse de la reina y seguir con su reino. Finalmente el monarca cedió a la tentación. Una noche, unos hombres entraron en la estancia de la reina, mientras ésta dormía, la introdujeron en una caja y la lanzaron al río para que se ahogara. Pero un faquir que estaba allí haciendo sus abluciones sagradas, descubrió la caja y encontró dentro, casi ahogada, a la reina. Con sus artes curativas logró reponer a la reina, que se quedó a vivir en la cabaña del faquir. Pero la reina había quedado embarazada del rey, así que al poco dio a luz, nada menos que a tres preciosas niñas. El hada del bosque se hizo cargo de ellas durante un mes, y cuando llegó el momento de irse, con su varita mágica, dejó un regalo para cada niña. Para la primera de ellas que



Cuentos espirituales del Himalaya

dondequiera que posara sus pies, lo pisado se convertiría en oro y plata; para la segunda, que cuando riera, de sus labios surgirían hermosas y perfumadas flores; para la tercera, que sus lágrimas, cuando llorase, serían finísimas perlas. Y como los regalos se materializaron, las hermanas, junto con su madre, pudieron construir un fabuloso palacio. Y un día, el monarca, estando de cacería, cruzó ante el palacio y sus cortesanos le dijeron:

—Antes no era más que la cabaña de un faquir.

El monarca se entrevistó con el faquir. Le exigió que le contase cómo había adquirido ese palacio. El faquir jamás mentía y le contó la verdadera historia al monarca. El rey se dio cuenta de su monstruosidad y se arrojó a los pies de la reina y le pidió perdón, pero ella sólo guardaba rencor y se lo negó. Aquella noche, la reina, que había aprendido a confiar en la sabiduría del faquir, le comentó lo sucedido y le pidió consejo. Éste le recomendó:

—Señora, el rencor es un veneno que nos va matando lenta e imperceptiblemente. De nada sirve vivir en un palacio si en nuestro palacio interior solo habita el veneno del rencor. Perdona al rey, porque bastante castigo va a tener consigo mismo; pero no vuelvas con él. No es de fiar y no tenemos por qué ponernos al alcance de las personas que no lo son.

La reina perdonó. Ella fue feliz el resto de su vida; él fue enormemente desgraciado.

El rencor nos convierte en siervos suyos. No hay felicidad posible si el rencor envenena la mente y el corazón. Cuando perdonamos, el mejor obsequio nos lo hacemos a nosotros mismos.

La ira de la deidad

Una de las deidades no había sido invitada a una asamblea de dioses. Al principio le dio lo mismo, pero su mujer dijo que era injusto que no hubiera sido invitado siendo una divinidad. La mujer lo incitó a que se rebelase contra esa iniciativa y la divinidad partió con su hueste de guerreros hacia el lugar donde se celebraba la asamblea. Los semidioses atacaron a los celebrantes del rito y llevaron a cabo sacrificios sangrientos, pero un ciervo logró huir de la matanza. La divinidad corrió tras él y con la carrera, el sudor perló su frente y se condensó como una gota que cayó al suelo, creando entonces un horroroso monstruo, que arremetió contra todos los de la asamblea, dioses y sabios, generando tal destrucción que el Creador tuvo que intervenir. Consiguió que la devastadora y horrenda criatura se fragmentase en muchas partes y perdiera algún vigor y poder. Esa criatura, aún dividida en muchas partes, todavía persiste y recibe el nombre de Fiebre, atacando tanto a seres humanos como a animales.

Igual que la ira de la divinidad y sus semidioses generaron la fiebre, no hay en sí misma peor fiebre que la del odio, que enturbia el discernimiento, enferma el alma y genera todo tipo de disputas.

Los dones de la vaca

La única posesión de un eremita era una vaca. Éste tenía una peculiaridad: en cuanto su amo pronunciaba la palabra «dame» le otorgaba los bienes que necesitara: ropas, comida, bebida o lo que fuere. Pero el ermitaño era muy austero y solo pedía lo imprescindible. Sin embargo, en una ocasión el monarca pasó por allí y se aproximó a recibir bendiciones del eremita. El hombre quiso agasajarle, pronunció la palabra «dame» y la vaca concedió los manjares más sabrosos para el rey y sus acompañantes. Cuando el monarca comprobó de qué clase de vaca se trataba, dijo:

—Eremita, te voy a dar diez mil vacas por la tuya.

—Lo siento, majestad, pero prefiero mi vaca, no por lo que me pueda dar, sino simplemente porque la amo.

—¡Tonterías! Te daré oro y joyas por ella.

—Perdón, majestad, pero no puedo aceptar. Quiero a mi vaca, aunque no me diera nada, ni siquiera leche. El amor es lo más grande.

—¡Déjate de pamplinas! —exclamó el rey, que comenzaba a enfurecerse—. Te entregaré todo mi reino.

—Nada hay por lo que yo pueda desprenderme de la vaca —dijo el eremita.

Montando en cólera y con tono amenazante, dijo el monarca:

—Pero el rey tiene poder no sólo para tomar la vaca, sino también tu vida, si lo desea.



Cuentos espirituales del Himalaya

—Por supuesto, majestad, y yo no opongo resistencia, porque mi naturaleza es de paz e indulgencia tras muchos años de perseverante meditación. Yo no soy más que un simple renunciante, que nada tiene, sino una maravillosa criatura llamada vaca.

El rey pasó una cuerda alrededor del cuello del animal y se dispuso a partir con ella y sus consejeros. Pero la vaca estaba como clavada en tierra y aunque el monarca la golpeaba con su bastón, no había forma de que se moviera ni una pulgada. El ermitaño intervino:

—Amiga vaca, querida mía, un rey es un rey. Yo daría mi vida por ti, pero nada puedo hacer. La voluntad real es la voluntad real.

La vaca, tirando de la cuerda, se fue al lado del ermitaño y le miró con ojos amorosos y suplicantes. El eremita le hizo una caricia y dijo:

—Amiga mía. Yo soy un renunciante al mundo, cuya única fuerza está en la compasión por todos los seres. No quiero que te vayas, pero no puedo resistirme.

Y cuando la vaca oyó que el eremita no quería que se fuera, se mutó su aspecto pacífico y se tornó terrorífica, e incluso surgían llamas de sus ojos. Comenzaron a brotar innumerables guerreros de su boca y de su cola y se lanzaron contra el ejército del rey, que estaba unos kilómetros más allá, sometiéndolo por completo, pero de manera tal que no hubo ni siquiera un herido. Cuando el rey, estupefacto, vio lo que había sucedido, se dio cuenta de su inexcusable codicia y comprendió que incluso un rey era muy poca cosa en comparación con la sabiduría y la compasión. Ese día se hizo también eremita y con el transcurso de los años se convirtió en un sabio y tuvo una vaca que procuraba todo lo que se le pedía, pero el hombre solo le pedía lo justo para sobrevivir.

No hay mayor abundancia que la compasión; no hay mayor tesoro que la sabiduría.

La mente en lo absoluto

Desde niño estuvo inclinado a la espiritualidad. Entraba de modo espontáneo en meditación y se conectaba con lo Absoluto. De hecho podría decirse que siempre estaba conectado con el Poder Supremo. Era en todo momento ecuanime y cuando su hermano mayor le desposeyó de todo y le hizo asumir las tareas más serviles, él no se inmutó. La gente le tomaba por tonto, porque aunque vivía muy pobremente, siempre mantenía una media sonrisa sosegada en los labios.

El rey quiso hacer una ofrenda a la Diosa. Como todos le habían dicho que había un bobo inútil, el monarca pensó que era el individuo ideal para ser sacrificado. Le ataviaron para el ceremonial, sin que él perdiera ni su ecuanimidad ni su media sonrisa. Después le colocaron sobre una plataforma, en el santuario de la Diosa, y el propio monarca se dispuso a sacrificarlo cortándole la cabeza con la espada real. Cuando iba a asestarle el golpe, se presentó la Diosa con forma humana. Clavó sus enfurecidos ojos en el monarca y este cayó fulminado. Había muerto. Cuando Kali descubrió que el joven estaba conectado con lo Absoluto y que siempre mantenía la mente en ese inefable estado, comprendió que si hacían daño a un ser de corazón puro, se lo estarían haciendo directamente a ella. Tras esbozar una sonrisa al joven, se desvaneció. Todos comprendieron que lo que parecía bobería en aquel hombre, en realidad era sabiduría. El primer ministro quiso proponerlo como rey, pero el muchacho volvió a sus tareas serviles, porque para él todas las labores eran igualmente necesarias y dignas.

Los que no tienen bondad no la pueden apreciar; los que no saben no pueden percatarse de la sabiduría; los que no tienen luz en sus ojos no pueden ver más que sombras.

El apego al ciervo

Diariamente cumplía con sus deberes espirituales. Un día, mientras paseaba, encontró un cervatillo abandonado. Seguramente su madre habría muerto, por lo que se lo llevó a su casa. Sintió mucho cariño por el animalito y lo cuidó durante tres años con suma atención y esmero, hasta tal punto que estaba obsesionado con él y había abandonado sus prácticas espirituales. Un día el ciervo se fue y el hombre se hundió en la añoranza y la desesperación. Echaba tanto de menos al animal que, aun teniendo tiempo libre, no podía meditar ni hacer sus prácticas espirituales. El animal había buscado su libertad, pero el hombre no lograba comprender por qué le había abandonado. Aunque desde joven se había sentido muy inclinado a la vida interior, la había descuidado por atender al ciervo y ahora su nostalgia y apego al animal tampoco le dejaba hacer sus ejercicios místicos. Cierta vez, después, el ciervo regresó. Era como el hijo más amado para el hombre y durante el resto de su vida le dedicó todas sus atenciones y todo su tiempo. Incluso cuando le llegó la hora de morir, sus últimos pensamientos fueron para el ciervo. Así, su espíritu reencarnó como ciervo. Desde pequeño sintió la necesidad de la soledad y del silencio. Recordaba que en otras vidas había descuidado sus ejercicios espirituales y que había tenido excesivo apego. Se sentía triste por ello, porque no es fácil conseguir forma



Cuentos espirituales del Himalaya

humana. Un día, el ciervo dejó el rebaño y se dirigió a la que había sido su ermita cuando era hombre. Allí había pasto para alimentarse y un río cercano para saciar la sed, ¿qué mejor sitio podía haber elegido? Era un paraje tranquilo y silente, donde se podía estar con uno mismo. No sabemos si los animales meditan, pero sí que suelen ser menos dañinos que el hombre. El ciervo pasó su vida apaciblemente, con mente pura y sin hacer daño jamás a nadie, con el deseo de volver a nacer como humano para darle un sentido espiritual a su vida y seguir con fidelidad el ejercitamiento interior.

Amar sin obsesión y sin exclusión, es más amor. Amar más allá del apego y del aferramiento es un amor más constructivo y fecundo. Ni siquiera a un ciervo de alma maravillosa hay que apegarse.

El sonido Del dinero

Un hombre demandó a un leñador. Demandante y demandado se presentaron ante el juez. El demandante dijo:

—Señoría, demando a este leñador porque después de vender toda la leña cor-

tada en una jornada, no quiere darme la parte que me corresponde.

—Pero si él es quien ha cortado la leña —repuso el juez sorprendido—, ¿qué es lo que has hecho tú para que deba darte parte del dinero?

—Yo le he animado con mis gritos de aliento —explicó el demandante—. Mis gritos le han estimulado para cortar más leña de la habitual y, por tanto, ha conseguido más dinero.

El juez se quedó pensativo. Unos instantes después sentenció:

—Es justo lo que reclama la parte demandante. Leñador —dijo dirigiéndose a éste, que se había quedado estupefacto—, entrégame la bolsa con el dinero, pues voy a darle lo que le corresponde al demandante.

Una vez que el juez tuvo la bolsa de monedas en la mano, la agitó vigorosamente, produciendo un buen sonido con las mismas. Dijo:

—Ya te he pagado lo que te corresponde. El leñador recibió el sonido de tu voz y tú recibes el sonido del dinero.

La avidez no tiene límites. El codicioso trata de sacar partido y beneficios absolutamente de todo, cegado por su avaricia desmedida y su desenfrenado egoísmo.

El presente

El discípulo acudió a visitar al maestro y le preguntó:

—Venerable maestro, ¿qué dirías si viniera a verte sin un obsequio?

—Llévatelo —repuso el maestro.

—Pero si te digo que no traería ningún obsequio —protestó perplejo el discípulo.

Y el maestro dijo:

—En ese caso, llévatelo.

No todo es reducible a conceptos, abstracciones o especulaciones. La lógica y la comprensión intelectual son insuficientes y se requiere, en la vía hacia la plenitud, un entendimiento de orden superior, que a veces es sofocado por la incorregible inclinación de la mente a etiquetarlo y conceptualizarlo todo.

Unidad

Desde hacía años había tomado la vía del eremitismo y permanecía aislado en una cueva de los Himalayas, dedicado a la investigación espiritual.

Estaba cierto día en meditación, cuando un ratoncito empezó a deslizarse por la cueva y, confiado, se acercó hasta el eremita y se puso a enredar entre sus piernas. El asceta, harto y enfurecido, gritó:

—Déjame en paz de una vez, molesto roedor. Me estás impidiendo entrar en meditación profunda y fundirme con el Ser.

—Pero señor... —balbuceó el ratón—. Es que estoy buscando algún resto de comida, porque me muero de hambre.

—¡Serás necio! —exclamó el eremita—. Después de muchos años estaba a punto de conseguir la unión con el Divino y tú me has incordiado y me lo has impedido.

El ratoncillo sonrió con cierta ironía y dijo:

—Si no eres capaz ni de sentirte unido a mí, un miserable ratoncillo, ¿cómo vas a poder unirse con el Divino?

A menudo ponemos nuestra vista demasiado lejos y dejamos de ver y apreciar lo que tenemos ante nosotros. Dios se mira en todas las criaturas y el amor a las mismas nos conduce a la energía que las alienta.

Una enseñanza sutil

Apenas hablaba el anciano y sosegado maestro. No gustaba de enredarse en abstracciones y discursos, como hubieran anhelado sus discí-

pulos, que no cesaban de preguntarle. Él se negaba a extenderse con palabras sobre lo que está más allá de las palabras y no le agradaba que le tiraran de la lengua. Sólo despegaba los labios para decir:

—El Ser está en vosotros y más allá de vosotros.

Cuando le pedían que ampliase más ese tema, guardaba un bendito silencio. Pero tanto le rogaban sus discípulos, que se veía obligado a repetir:

—El Ser está en vosotros y más allá de vosotros.

Un día, irritados, los discípulos le dijeron:

—Pero ¿cómo puede estar en nosotros y más allá de nosotros?

Eso es imposible.

El maestro respondió imperturbable:

—Quiero que hagáis diez hoyitos y vertáis agua en ellos.

Los discípulos pensaron que se trataba de un correctivo por haber replicado. Bajo los implacables rayos del sol, hicieron lo que el maestro les había pedido. Después el maestro salió de la casita y les dijo:

—Mirad en los hoyitos y decidme que veis.

Repusieron:

—Los rayos del sol reflejados en las aguas de cada hoyito.

—¿Lo veis, queridos incrédulos? El sol está en cada hoyito y más allá de cada hoyito.

La energía que anima a todas las criaturas es una y la misma, del mismo modo que son innumerables las olas en el océano, pero no son otra cosa que el océano mismo.

Palabras

Un hombre que se tenía por muy aventajado espiritualmente, acudió a visitar al maestro y le dijo:

—Estoy espiritualmente muy avanzado, pero necesito alguna última instrucción mística para acceder al supremo conocimiento. Acéptame como discípulo.

El maestro le miró por unos instantes, en silencio, y luego le preguntó:

—Ya que has obtenido tanto avance espiritual, ¿qué es para ti lo Real?

—Eso es obvio, maestro. Todo es fenoménico y, por tanto, insustancial y vacío. La última realidad es el vacío.

En ese instante, el maestro propinó una bofetada al discípulo. El hombre, encolerizado, se abalanzó amenazante hacia el maestro.

Tranquilízate, buen hombre —dijo el maestro conciliador—. Si todo es vacío, ¿de dónde surge este ataque de cólera?

El hombre se quedó abochornado, sin saber qué responder.

Una cosa es la creencia y otra la experiencia; una, los conceptos y otra, las vivencias que nos transforman. El saber libresco y la erudición no son reveladores ni nos modifican; la experiencia íntima gira la mente y nos ofrece una visión más cabal y sabia.

Desesperación

Aunque tenía una intensa motivación y su determinación por hallar la paz interior era muy firme, no lograba avanzar lo suficiente y se desesperaba. Era discípulo de un maestro realizado, pero a pesar de todo no conseguía dar el salto definitivo hacia la iluminación.

—Maestro —dijo hundido en la desesperanza—, daría lo que fuera, incluso mi mano derecha, por obtener la paz anhelada después de tantos años de esfuerzos. Estoy por abandonar la búsqueda.

El maestro supo al instante que había que tomar una resolución drástica. Sentía un gran amor hacia su discípulo, pero efectivamente éste no avanzaba lo suficiente y el desánimo le ganaba día a día. Era cierto el riesgo de que abandonara la búsqueda.

Dos días después, al atardecer, maestro y discípulo iban paseando. El discípulo dijo:

—Voy a dejar la búsqueda, amado maestro. Estoy estancado, desesperadamente estancado. No puedo más.

El maestro guardó unos instantes de silencio.

De repente, preguntó:

—¿Dónde está el sol?

El discípulo, con el índice de la mano derecha, señaló al sol anaranjado, diciendo:

—Allí, maestro.

En ese instante, el maestro, con una afilada cuchilla, cortó el dedo del discípulo. A continuación dio una orden atronadora:



Cuentos espirituales del Himalaya

—¿Dónde está el sol? ¡Señálalo!

El discípulo, obediente a pesar del dolor, trató de señalar el sol con el dedo índice, pero encontró el vacío al querer hacerlo. En ese instante obtuvo la iluminación definitiva. Se abrazó al maestro con lágrimas en los ojos. Había comprendido.

Sonriente, el maestro dijo:

—Has hecho un buen negocio. Estabas dispuesto a dar tu mano y ha bastado con un dedo.

Cuando el discípulo está maduro, un «chispazo» de consciencia puede bastar para desencadenar el conocimiento supremo. Pero a veces ese último trecho es muy difícil de recorrer y el aspirante, incluso el más noble y persistente, puede caer en el desánimo.

El laúd

Durante su paseo matutino, Buda comprobó que había manchas de sangre en un terreno pedregoso.

—¿De quién son estas manchas de sangre? —preguntó intrigado.

—De Sona, señor —le contestaron—. Como no consigue dominar su mente, se desespera y se somete a penitencias caminando descalzo de arriba abajo sobre las piedras e hiriéndose los pies.

Buda hizo llamar a Sona.

—Sona, tú eras el mejor músico de laúd de la corte antes de hacerte monje. Si dejabas demasiado sueltas las cuerdas, ¿sonaba bien el laúd?

—Mal, señor, y además las cuerdas podían enredarse.

—¿Y si las tensabas demasiado?

—Mal, señor, y además podían romperse.

—¿Y si no las tensabas ni mucho ni poco, sino sólo lo suficiente?

—Entonces, señor, tocaban primorosamente.

Y el Buda dijo:

—Pues así hay que proceder con el esfuerzo, Sona. Ni demasiado ni poco esfuerzo. Hay que aplicar el esfuerzo necesario y correcto. Así que deja de mortificarte.

Son necesarios la aspiración correcta, la firme determinación y el esfuerzo adecuado, evitando el extremo de la excesiva autoindulgencia o la pereza. El esfuerzo sostenido y renovado es la mejor garantía para seguir la senda hacia la liberación de la mente.

El faquir

La prueba más prodigiosa a la que puede someterse un faquir es el enterramiento en vida. El monarca se enteró de que había un asceta que había conseguido dominar esa proeza y que por ello había ganado fama de santo. Hizo que se presentara ante él y le dijo:

—Buen hombre, si eres capaz de permanecer enterrado un mes, te daré este insuperable diamante.

El monarca mostró el diamante al asceta. Era una joya de incalculable valor.

—Tengo grandes poderes, señor. Sometido a una rigurosa austeridad he conseguido un enorme dominio sobre mí mismo. Sí, accederé a vuestros deseos.

El asceta fue introducido en una urna y luego enterrado a varios metros de profundidad. La guardia del rey pasó día y noche vigilando la tumba. Un mes después sacaron la urna, la abrieron y en cuanto recobró la consciencia normal, empezó a exclamar el eremita:

—¡Mi diamante, mi diamante! ¡Dádmelo en seguida, dádmelo en seguida! ¡Dónde lo tenéis?

No hay mayor poder sobre sí mismo que el desapego. Un ser humano puede tener mucho dominio sobre sí mismo, pero si no ha superado la avidez y el aferramiento, es como si no tuviera ninguno.

El robo

Era un apacible y pobre campesino que sólo contaba con un burrito. Un día al ir al establo vio que se lo habían robado. Entonces fue al puesto de policía y contó lo sucedido. Uno de los policías le recriminó con acritud:

—Es usted un descuidado. No se le ocurre a nadie, desde luego, tener un cerrojo tan inseguro en la puerta.

Otro, en mal tono también le dijo:

—O sea, que el burro se veía desde afuera. Pero ¿por qué la puerta no era más alta? Si se veía el burro eso resultaba una tentación para el ladrón, claro que sí. ¡Vaya ocurrencia!

El tercer policía dijo:

—Pero lo que es inexplicable es que usted no estuviera vigilando al burro. Cada uno tiene que cuidar lo que posee, vigilarlo y espantar así a los ladrones. Usted se ha comportado negligentemente y claro, le han robado el burro.

A pesar de su paciencia y sencillez, el campesino no pudo al final más que replicar:

—Bueno, señores policías, está bien que me llamen la atención, pero me gustaría comentarles que alguna culpa debe haber tenido también el ladrón, ¿no lo creen?

Ante la vicisitudes de los otros no podemos demostrar falta de ternura, comprensión y sentido de la solidaridad. Cuando las circunstancias adversas recaen sobre los demás, tenemos que darles toda nuestra comprensión y cariño, porque es cuando la necesitan, en lugar de descalificarlos o culpabilizarlos, sobre todo cuando podemos ser tan indulgentes y permisivos para con nosotros mismos.

El guerrero

Era un oficial que llevaba años en las montañas combatiendo contra los insurrectos. Muchas veces había estado a punto de morir y eso le había llevado a plantearse interrogantes metafísicos y a preocuparse por la otra vida, hasta tal punto que había empezado a obsesionarse por si tras la muerte había infierno o paraíso. Se enteró de que había un sabio en una cueva y decidió ir a visitarlo.

—¿Qué deseas de mí? ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó el maestro cuando le vio ante sí.

—Señor, en estos últimos meses, tal vez porque veo el rostro de la muerte de cerca, a menudo me he preguntado, con angustia, si hay infierno y paraíso.

—¿Y quién me hace esa pregunta? —interrogó acremente el eremita.

—Un guerrero, un oficial que defiende las fronteras.

—¿Tú un guerrero? —preguntó despectivamente el eremita—. ¿Con la pinta que tienes? ¿Con esa falta de compostura y esa expresión de lobo?

El oficial se quedó estupefacto. No podía asimilar lo que estaba pasando.

—Y encima seguro que eres tan cobarde como lo idiota que pareces —agregó el sabio.

Enfurecido, el oficial desenvainó en el acto su espada. El eremita gritó:

—En este instante se abren las puertas del infierno.



Cuentos espirituales del Himalaya

El oficial comprendió; un haz de luz alumbró su entendimiento. Arrepentido y avergonzado, envainó la espada. Entonces el eremita le dijo:

—Ahora se abren las puertas del paraíso.

El oficial cambió de profesión. Dejó de matar y disfrutó de una larga y apacible existencia.

Nunca será eliminada la violencia a través de la violencia. La violencia es el infierno. Nunca el odio puede ser superado por el odio, sino sólo vencido por el amor. La paz y el amor son el paraíso.

Cuentos espirituales del Himalaya

La hoja de jade

El primer ministro y el rey departían a menudo, pues ambos se llevaban bien y compartían sus inquietudes. Al primer ministro le encantaba la naturaleza y cuando se lo confesó al monarca, éste dijo:

—Por cierto, ¿podrá algún artista imitar la naturaleza?

—La naturaleza es inimitable, señor —contestó respetuosamente el primer ministro.

Pero el monarca no estaba tan convencido de ello y convocó un concurso para premiar al artista que mejor imitase algún elemento de la naturaleza. El monarca le dijo al primer ministro:

—Si alguien imita perfectamente algún elemento de la naturaleza, te dejaré un mes sin paga; si nadie puede conseguirlo, un mes te la duplicaré.

—Me parece justo, majestad —dijo el primer ministro.

Escultores de distintas partes del reino presentaron primorosas esculturas de rocas, árboles, flores y arbustos, pero ninguna era capaz de imitar perfectamente los elementos de la naturaleza. Cuando el premio iba a declararse desierto, llegó un escultor y mostró una hoja perfectamente tallada en jade. Era como una hoja de verdad y resultaba imposible distinguir la hoja natural de la hoja de jade. Había tardado una década en conseguir una obra tan perfecta. El monarca le concedió el premio y aquella noche le dijo a su primer ministro:

—Me temo, señor ministro, que te voy a dejar un mes sin tu paga.

El ministro repuso:

—Señor, estaría de acuerdo con su majestad si un árbol tardara diez años en hacer una hoja. Claro que en ese caso, ¡japañados estaríamos!

El rey duplicó ese mes la paga de su primer ministro.

Cada uno debe hacer su propio trabajo y cumplir su propio destino, en lugar de dedicarse a la imitación, por perfecta que ésta sea.

La taza de té

Era un gran erudito que tenía enormes conocimientos y había leído miles de tratados. Oyó hablar de un sabio y decidió, aunque fuera por curiosidad, ir a visitarlo.

—Perdone que le moleste. Tengo entendido que es usted un sabio. Necesitamos sabios en este mundo, sí. Yo soy un hombre culto, muy culto, excepcionalmente culto.

—¡Ah! —exclamó el sabio.

—Tengo títulos, distinciones, diplomas de numerosas universidades... He leído a los filósofos de todas las épocas; conozco todas las sendas de la metafísica. Leo en varios idiomas, cotejo textos antiguos, tomo innumerables notas...

—¡Ah! —volvió a exclamar el sabio.

—Como tengo una memoria prodigiosa —añadió el erudito—, recuerdo las fechas de nacimiento y muerte de los grandes filósofos, pensadores, poetas, inventores...

—Si me lo permite, voy a preparar una taza de té.

El sabio volvió unos instantes después. Traía la tetera y dos tazas, una de las cuales situó ante el invitado.

—He estudiado infinidad de doctrinas, religiones, métodos de autoconocimiento... Dispongo de una biblioteca fabulosa. Es raro el libro que no haya leído dos o tres veces.

—¡Ah!

El sabio comenzó a verter el té en la taza del visitante. Cuando el líquido llegó al borde de la taza, siguió echando más y más té, que se desparramó por toda la mesa.



Cuentos espirituales del Himalaya

—Pero ¿no ve lo que está haciendo, torpe? —se irritó el visitante—. La taza está llena y ya no puede contener más té.

—Tú estás lleno de conceptos, opiniones, creencias, saberes librescos y erudición, y en ti no puede entrar ninguna sabiduría.

*¿De qué sirve la erudición si no transforma ni libera?
¿Qué utilidad tiene acopiar conocimientos de todo
orden si no nos modificamos? Vale más un gramo de
saber transformador que toneladas de saber que no
muta ni purifica la consciencia.*

El águila

Sobrevolando un gallinero, un águila dejó caer uno de sus huevos, del que un tiempo después nació un aguilucho. El aguilucho fue muy bien recibido y aceptado por las gallinas y jugaba con los pollitos. Aprendió a caminar, correr, jugar y hablar como una de sus compañeras y estaba obviamente convencida de ser una gallina más. Así pasaron muchos meses. La rapaz formaba parte del gallinero y en nada desentonaba del comportamiento de las gallinas, aunque fuera tan diferente a ellas en su forma. Pero un día cruzó por el despejado e inmenso firmamento una bandada de águilas. El águila-gallina se quedó admirada por el vuelo de aquellas poderosas aves. Algo muy intenso se removió en lo más profundo de ella y trató de volar. Ante su propia sorpresa, pudo remontar hábilmente el vuelo hacia el horizonte. Entonces de pronto, descubrió que era un águila y se sintió llena de gozo y de vitalidad, surcando los espacios ilimitados.

Estamos tan identificados con nuestros apegos y afanes, memorias y proyectos, procesos físicos y mentales, el ego y la personalidad, que nos hemos convertido en ajenos para nosotros mismos, en servidumbre con lo que es adquirido y no real. Externalizados, corremos en pos de nuestra propia sombra, ignorando nuestra realidad más profunda y reveladora. Pero si nos aplicamos a la búsqueda interior y vamos aprendiendo a aproximarnos a nuestra naturaleza más íntima, recobramos la libertad interior; la bendita presencia del ser y el luminoso sol interno al que durante mucho tiempo hemos dado la espalda.

El pordiosero

Era un mendigo que había pasado casi toda su vida pidiendo limosna, sentado en la acera de una tumultuosa callejuela en una localidad montañesa. Ya en las postrimerías de su vida, seguía alargando una y otra vez el brazo tembloroso a la espera de que alguna persona caritativa dejara una moneda en su mano. Durante varias décadas había vivido de la caridad de los otros, mirándoles suplicante, lamentándose para atraer la atención y pena de los viandantes. Pero un atardecer, le visitó la muerte y cayó desplomado justo allí donde había mendigado durante casi toda su larga existencia. Unos días después, excavaron en el lugar para hacer un desagüe y encontraron un cofre lleno de alhajas de un incalculable valor. El hombre había estado durante más de cincuenta años sentado sobre un fabuloso tesoro, pero ignorante del mismo, no había dejado de mendigar ni un solo día.

Por un enfoque distorsionado, nos empeñamos en buscar la felicidad fuera de nosotros, donde todo es mutable y contingente y, por tanto, no es posible hallar una felicidad estable. Abandonamos nuestro hogar interno, donde se encuentra el único refugio ciertamente seguro, para buscar fuentes de dicha en el exterior, sin darnos cuenta de que el tesoro más valioso hay que saber encontrarlo dentro de nosotros mismos.

Amor incondicional

A menudo el guía espiritual hablaba a sus discípulos sobre el verdadero amor, el que no se impone ni exige, el que está libre de actitudes egocéntricas, posesividad o

apego. Pero a nadie le es fácil siquiera comprender ese elevado tipo de amor que es más expansivo, altruista y libre. Tampoco los discípulos terminaban de entender qué era realmente el amor incondicional, libre de ataduras y contaminaciones, omniabarcante y desinteresado, basado en la benevolencia y la compasión, capaz de impregnar a todos los seres. Ante la incapacidad de sus discípulos para terminar de comprender sus enseñanzas, el maestro les dijo:

—Mañana haremos todos una larga excursión. Pero antes de venir a buscarme, pasad por la florista y traed una rosa.

Semejante solicitud dejó estupefactos a los discípulos, pero al amanecer y antes de ir a buscar al preceptor, compraron una fragante rosa. Tras reunirse con el mentor, emprendieron una larga caminata, hasta llegar a una zona desértica. El maestro les pidió:

—Fijad la rosa por el tallo en la arena del desierto.

Extrañados, los discípulos así lo hicieron. Entonces el mentor les preguntó:

—Decidme, amados míos, ¿seguirá la rosa exhalando su aroma aunque nos retiremos y no haya nadie para olerlo?

—Claro que sí, maestro —repusieron al unísono.

—Otra pregunta, queridos míos, ¿aunque no haya nadie para contemplarla, seguirá la rosa exhibiendo toda su hermosura?



Cuentos espirituales del Himalaya

—Por supuesto, maestro, seguirá haciéndolo.

Y el preceptor aseveró:

—Pues así es el verdadero amor. Se exhala aunque no haya nadie para recogerlo e incluso aunque nadie quiera recogerlo.

El verdadero amor, o sea el amor incondicional y menos egoísta, es una actitud. Cuando uno recupera esa actitud amorosa, su afecto no es unidireccional ni excluyente, sino que se irradia en todas las direcciones y hacia todos los seres, como una maravillosa fragancia que no requiere ser correspondida ni recompensada.

Al otro lado del pensamiento

Como no creía en las palabras, ni en los conceptos, ni en el saber libresco, era un maestro al que no le gustaba enseñar y por eso sólo tenía

un discípulo. Pero precisamente este discípulo era un intelectual y quería reducirlo todo al análisis intelectual, al concepto y las palabras.

—Pero la sabiduría —le decía el mentor— no nace en el pensamiento, sino donde el pensamiento cesa.

—¿Acaso no es el pensamiento la fuerza más poderosa y significativa de un ser humano? —replicaba una y otra vez insolentemente el discípulo, convencido de la omnipotencia del pensamiento

El maestro pacientemente replicaba:

—El pensamiento tiene respuestas limitadas. Lo que tú eres y nunca has dejado de ser, no podrás percibirlo a través del pensamiento.

Como el discípulo siempre permanecía incrédulo ante las aseveraciones del mentor, éste finalmente le dijo:

—Te contaré una historia. Imagina que en una localidad en la que por la virtud de sus gentes nunca había sido necesaria la policía, comienzan a producirse robos. Entonces el alcalde reúne a las buenas y pacíficas gentes de la localidad y les dice: «Por primera vez en nuestro pueblo se están produciendo robos. Es necesario, pues, que tengamos un policía. Aquellos que quieran aspirar al cargo que se presenten al mismo».

—Pero solamente una persona optó al puesto y lo obtuvo. Era el ladrón. Como puedes suponer, amigo mío, el ladrón que se hizo



Cuentos espirituales del Himalaya

policía no iba a prenderse a sí mismo, ¿no? Pues así, testarudo, la mente ordinaria no puede ir más allá de la mente ordinaria.

En los primeros instantes el discípulo se sintió avergonzado y a continuación comprendió, por fin, que hay preguntas que la mente no puede contestar.

La comprensión intelectual es necesaria pero muy insuficiente y debe desembocar en la comprensión intuitiva o supraconsciente, que procura respuestas no conceptuales, sino vivenciales y, por tanto, modificadoras. El saber libresco, el conocimiento intelectual y la erudición no son sabiduría. La sabiduría nace dentro de uno y muta la consciencia. Podemos hallar métodos para estimular la propia sabiduría, pero nadie puede transmitírnosla ni despertarla por nosotros. Cuando el pensamiento ordinario cesa, surge otro tipo de percepción. Si importante es aprender a pensar correctamente, no lo es menos aprender también a dejar de pensar, porque en el espejado silencio de la mente, se refleja el ser interior.

El amuleto

No hay nadie que pueda escapar a la inexorable ley del sufrimiento y las vicisitudes. Era un hombre que siempre había gozado de buena fortuna, pero su suerte cambió y comenzó a ser castigado por las adversidades de la vida. Fue a su mentor y le dijo:

—Venerable maestro, estoy realmente desesperado. Desde hace un tiempo todo me sale mal. Mi mujer ha enfermado, mis negocios funcionan mal y mi ánimo está siempre abatido.

—Así son las cosas —repuso con máxima ecuanimidad el maestro—. Las cosas vienen, las cosas van. La ola asciende, la ola descende. Una estación sigue a la otra. Hay vicisitudes, sí. Vienen pero también se van.

—No, no, no creo que sea cosa de los acontecimientos o del azar. Algún conjuro han realizado contra mí, te lo aseguro, respetado maestro.

El hombre estaba obsesionado, pensando que habían conjurado maléficamente contra él, y de ahí que todos los acontecimientos le fueran desfavorables y adversos. El maestro por mucho que trató de razonarle, no pudo convencerle. ¿Qué hacer entonces? Le dijo:

—Menos mal que todavía tengo el amuleto que mi gran maestro de una remota gruta del Himalaya me dejó. Es infalible para estos casos.

—¿Estás seguro?

—Nunca ha fallado. No hay conjuro que no sea neutralizado por su fuerza. Pero hay que llevarlo un mes atado al cuello y dedicarle una plegaria todos los días. Es un amuleto muy poderoso. No vayas a perderlo.



Cuentos espirituales del Himalaya

Se lo entregó al hombre y se lo colgó al cuello. Era una china de río.

—Está bendecido por mi maestro y también su maestro lo bendijo y el maestro de su maestro.

—No sabes cuánto te lo agradezco, gran ser.

El hombre se marchó aliviado. Todos los días hacía unas plegarias al amuleto. Su ánimo comenzó a restablecerse; sus negocios empezaron a ir mejor y su mujer empezó a recuperarse. Pasado un mes volvió ante el maestro, le rindió pleitesía y le dijo:

—¡Qué gran reliquia! Aquí la tienes, señor, ¡es muy valiosa!

—¡Tírala! —ordenó el maestro—. Es una simple piedra.

El discípulo se quedó atónito.

—¿Por qué has hecho esto?

—Porque estabas tan obsesionado que he tenido que utilizar tu imaginación constructiva para refrenar tu imaginación destructiva. Es como cuando un hombre sueña que le ataca un león, pero encuentra un revólver y lo mata; o sea, que con un revólver ilusorio a matado ha un león ilusorio.

Y el maestro estalló en carcajadas.

La mente es amiga o enemiga; ata o libera; fortalece o debilita. Hay que aprender a sujetar la imaginación negativa, porque hasta un monarca si se cree un mendigo, se siente como tal, y como tal se comporta. Si cuesta lo mismo pensar positiva que negativamente, constructiva que destructivamente, ejercitémonos para pensar constructivamente y tener la mente preparada para cuando nos sobrevengan las vicisitudes y adversidades, pues antes o después nadie puede escapar a ellas, pero sí podemos modificar nuestra actitud ante las mismas.

Libre De ego

Vivía en una ermita, en la inmensidad de los picos himalayos. Había ganado fama de santidad y desprendimiento y, a menudo, venían gentes de las localidades montañosas a visitarle y recibir sus bendiciones. Los más acaudalados le llevaban sustanciosos regalos de todo tipo, pero el hombre los cogía y los tiraba detrás de sí sin echarles ni un vistazo. Cogía al azar algunos de los presentes recibidos y se los entregaba a los que eran pobres y nada tenían. Tomaba y daba sin reparar en ello, alegremente, como si no fuera con él. Extrañados, sus más cercanos discípulos le preguntaron por qué actuaba de ese modo y sosegadamente respondió:

—Porque, queridos míos, yo no estoy en el dar ni en el tomar.

Cuando no hay ego, ¿quién hay para tomar?, ¿quién hay para dar? Ya no hay una personalidad que toma y da, porque todo personalismo y sentido del hacedor se ha disuelto y la persona se ha conectado con lo que está más allá de las envolturas que son el cuerpo y la mente.

El liberado-viviente

El liberado-viviente es de todos y de ninguno, está en este

mundo sin estar en él. Aunque sigue atendiendo las necesidades de su cuerpo hasta desencarnar, no se involucra con el mismo y, además no tiene miedos, ni deseos, ni aversiones. Es inafectado y sereno. Pero su especial modo de ver no es fácilmente entendible por los que no están iluminados, que pueden llegar a considerarle, dada su paz inalterable, una persona fría o impávida, aunque un iluminado es todo compasión. En una ocasión varias personas fueron a cuestionar con mala intención a un liberado-viviente que habitaba en una cueva del Himalaya, en compañía de una cabra. Le dijeron:

—No nos parece que seas un gran ser, porque nunca te entristeces ni te desasosiegas, ni parece importarte qué les sucede a los demás.

—No hay los demás y yo —dijo—. Todos somos uno.

—Pero la gente muere, tiene problemas, se traiciona, algunos sufren mucho... ¿No te preocupa nada de eso?

El sabio les miró en silencio, con una infinita paz en sus ojos.

—¿Acaso eres insensible? ¿Es que no tienes corazón? —le preguntaron de mala manera.

Sin que la hermosa semisonrisa dejara de destellar en sus labios, el sabio dijo:

—Imaginaos que estáis soñando. Soñáis que vais en un barco y que éste se hunde. En ese momento os despertáis. Os pregunto: ¿Volveríais a dormiros para avisar a los personajes de vuestro sueño?



Cuentos espirituales del Himalaya

Los malintencionados se quedaron petrificados, sin saber qué responder. El sabio añadió:

—Cuando uno despierta a la realidad suprema, comprende que cada ser forma parte de ella aunque no lo sepa. Si se le puede ayudar y él se deja, se le ayuda; eso es compasión, pero si no es posible, de nada sirve ahogarse con el barco de su ignorancia. Se puede amar sin pesadumbre, sabedlo.

Para el que ha despertado, los sueños de los que están dormidos espiritualmente (sus zozobras, deseos, miedos y afanes, placeres y amarguras) son sueños de los que tendrán que despertar.

La inspiración del amor

Se amaban desde niños. Se habían convertido en unos jóvenes que creían en el amor eterno. Eran tan dichosos que a veces tenían miedo de tanta

felicidad. ¿Acaso el infortunio no nos espera a la vuelta de la esquina cuando menos lo sospechamos?

Un día salieron a pasear por el campo. Al anochecer, decidieron regresar a casa, pero como apenas se veía, de pronto el hombre dio un traspies y se precipitó en un pozo. Desde las aguas del pozo empezó a pedir socorro, pero no había nadie por los alrededores. ¿Qué hacer? La mujer comenzó a invocar al todopoderoso dios Shiva, el señor de los tres ojos. Desesperada, pidió ayuda a gritos. Nadie venía. Escuchó que el joven decía:

—No puedo más, querida mía, pero sé feliz aunque yo muera, porque siempre estaré brillando en tu corazón.

—No, no, no puedes morir —gritó despavorida la joven.

Pero el verdadero amor tiene su propia inspiración y sus propios recursos. A la joven no le habían cortado el pelo desde que era una niña, por lo que le llegaba casi hasta las corvas. Trenzó sus largos cabellos, y aun a riesgo de su vida, metió la cabeza en el brocado del pozo, dejando que la larga trenza se deslizara por el mismo.

—Amor mío, agárrate a mi cabello.

—No, no, mi bien amada, ¿y si te arrastro y te llevo a la muerte?

—¡Agárrate, no lo dudes!



Cuentos espirituales del Himalaya

En el último instante, el hombre se asió a la trenza de la joven.
Ayudándose con la misma, comenzó a trepar por dentro del pozo
hasta que logró ponerse a salvo. EL AMOR LE HABÍA SALVADO.

La energía del amor es sumamente poderosa y encuentra recursos de los que servirse aun en los momentos más extremos. Nada hay tan hermoso como la verdadera vibración del amor. Buda declaraba: «Dieciséis veces más importante que la luz de la luna es la luz del sol; dieciséis veces más importante que la luz del sol es la luz de la mente; dieciséis veces más importante que la luz de la mente es la luz del corazón»

Hacer sin hacer

El maestro les decía a los que acudían a recibir sus enseñanzas:

—No os fatiguéis en extremo, no os identificuéis, no os involucréis con el sentido agotador del hacedor. Hacer sin hacer.

Así se pronunciaba uno y otro día, pero la gente se quedaba confundida. Le preguntaron:

—Pero ¿se puede hacer sin hacer? ¿En qué consiste eso?

—En una actitud —dijo amablemente el maestro—. Una actitud. Si uno se siente el hacedor de todo y fortalece su ego, es como llevar una carga inútil, pero quien hace sin hacer, libre de la acción, hace mejor y nunca se fatiga.

—No entendemos —dijeron desalentados los oyentes.

—En ese caso os pondré un ejemplo —dijo afectuosamente el maestro—. Suponeos que viajáis en ferrocarril con una pesada maleta. Os pregunto: ¿La llevaríais encima o la dejaríais en el suelo del ferrocarril para que él la llevara?

Se puede hacer diestra, sagaz y generosamente, sin dejarse alienar por la acción ni obsesionarse por los resultados. Así la energía es como un océano inagotable y la persona está más libre de la acción y no desfallece a la espera de los resultados, porque si éstos tienen que llegar ya lo harán por añadidura y «nadie puede empujar el río» ni evitar que la luna espontáneamente se refleje en las aguas del lago por la noche.

¿Acaso sois jueces?

Eran unos cuantos discípulos que llevaban muchos años con su maestro. Tenían la lengua demasiado ligera y a veces la utilizaban como un estilete, juzgaban alegremente a unos y otros, criticaban adversamente y censuraban, habiendo hecho de todo ello su diversión favorita. Incluso llegaron a criticar al maestro. Como éste sabía que todos eran dados a la censura fácil, intuyó que él no era una excepción. Cierta día los llamó y les dijo:

—¿Acaso sois jueces? ¿Habéis estudiado leyes que tan bien ejercéis la profesión de jueces?

Los discípulos enrojecieron hasta las orejas. No sabían qué explicar.

—Os he enseñado muchas cosas, pero os voy a enseñar hoy otras cuantas, queridos jueces. ¿Sabéis una cosa? Al criticar a los demás, os estáis criticando a vosotros mismos. Si destacáis lo peor de los otros, es que solo veis lo peor en vosotros mismos. En vuestra mirada hay fealdad porque vuestra mente y vuestro corazón son feos. Si después de tanto tiempo no habéis mejorado, es que no merecéis ser mis discípulos ni yo merezco terneros como tales.

Y el maestro se retiró a una cueva en los Himalayas.

Al mirar lo peor en los otros, no hacemos otra cosa que ver en los demás lo peor que habita en nosotros mismos. Al criticar, te criticas; al hablar mal de los otros, es como si estuvieras hablando mal de ti mismo. Hay una terapia excelente para la mente y el corazón; tratar de ver lo mejor en los demás.

La nariz

Se había desposado con una encantadora mujer. Las facciones de su rostro eran muy hermosas, tan solo la nariz no era muy agraciada. Sin embargo, cuanto menos quería el marido ver la nariz, más la veía. Ya no contemplaba en el hermoso rostro de la bella mujer más que su desafortunada nariz. Desalentado, acudió a visitar a un maestro y le dijo:

—Del hermoso rostro de mi mujer, solo puedo ver su fea nariz. Cuanto menos quiero verla, más la veo. Estoy obsesionado por ello.

El mentor le explicó:

—Estás creando conflicto y fortaleciendo al enemigo, No procedes adecuadamente, porque estás siendo parcial y conflictivo. Te diré lo que debes hacer: no evites mirar la nariz de tu esposa. Mírala y ya verás que si no creas tensión o rechazo con esa parte de su rostro, ya no te preocupará.

El hombre hizo lo que le había recomendado el maestro. Y, ¡oh milagro!, al no empeñarse en evitar la contemplación de su nariz, podía apreciar sus ojos hermosos, sus maravillosos labios y sus exquisitas mejillas. Terminó por encontrar hermosa también la nariz de su esposa.

La mente refuerza la aversión y así «fortalece al enemigo». ¡Cuánto sufrimos por no querer sufrir! Hay que tratar de ejercitar la mente para que pueda mirar sin reactividades neuróticas y desorbitadas, con lo que no añadirá dolor ni desdicha a la desdicha. Bastante tristes son a menudo las cosas como para añadirles nuestra inútil tristeza. Todos estamos muy condicionados por el mecanismo de la aversión y la antipatía y, para superarlo, hay que generar una buena dosis de ecuanimidad y firmeza de mente.

Carne y espíritu

Un hombre amaba profundamente a su compañera, la cual no era precisamente bella. Desde niña tenía la cara picada de viruela. Con aquella mujer, las noches eran de carne y espíritu. Un amanecer ella le dijo:

—Amado mío, mi muy amado, cuánto lamento que mi piel no sea suave como un nenúfar para recibir tus besos.

—¿Por qué me dices eso, mi muy querida? —preguntó el hombre extrañado. Y ella, intuitivamente, comprendió al instante que él jamás había reparado en sus feas señales. Había mirado más allá y así, ¡oh bienaventuranza!, la había encontrado realmente a ella.

Muchos son los que se estrellan en las apariencias de los fenómenos y se ciegan con su denso barniz, pero otros tienen un tipo de visión más lúcida y penetrante y saben ver lo sustancial más allá de lo insustancial.

La unidad

Había un gran místico que llevaba muchos años meditando. Era un gran ser, pero nunca había tenido la gracia de experimentar el toque de la Conciencia Suprema. Había llegado a dudar de que existiera; su fe y confianza se resentían. Pero conoció a una ermitaña. Meditaron juntos durante semanas. Ella percibió, con el ojo de su sabiduría, que él dudaba de los estados superiores de la consciencia. Una noche de luna llena, la mujer lo tomó y le reveló los grandes misterios del amor. El hombre sintió una nube de éxtasis amoroso y comentó:

—¡Qué sentimiento de plenitud, qué sublimidad!

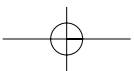
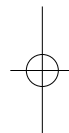
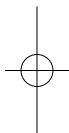
La mujer le besó en la frente y le dijo:

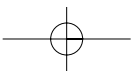
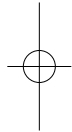
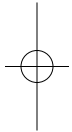
—Ya no me necesitas más. Lo que has sentido, amigo mío, es una nimiedad en comparación con el estado que puedes experimentar con la iluminación. Hoy has descubierto un minúsculo lado de la Unidad. Imagina cómo será cuando seas tú mismo la Unidad.

El toque de dicha que proporciona la unión carnal es solo un botón de muestra del gozo espiritual que deviene con el despertar en el Uno.



Índice







Cuentos espirituales del Himalaya

Introducción	11
Cuentos Himalayos	
El rico y el pobre	17
La solución está en la mente	18
El ciervo almizclero	19
Quién sabe	20
El punto de equilibrio	22
La hiena	24
Una enseñanza especial	25
El gran maestro	26
El ávido	27
Imitación	28
La no-resistencia	29
La ira del oso	30
Consecuencias	31
Deducción incorrecta	32
El pintor	33
Tantos pensamientos	34
Promiscuidad espiritual	35
La referencia	36
Voto de silencio	37
El velo de la interpretación	38
El visitante agotador	39
El discípulo filósofo	40
La peregrinación a Kailash	41
El ciego y el tullido bobos	43
El ciego y el tullido inteligentes	44
Los ladrones vanidosos	45

Cuentos espirituales del Himalaya

La luna en el pozo	46
Los monos	47
El tazón de leche	48
Los dos sadhus	49
De esclavitud en esclavitud	51
El burlador burlado	52
El murciélago buscador	54
La tragedia de la memoria	56
Obsesionado	57
El buscador occidental	59
Sosiego	60
Ejemplo	61
Ayuda a los desvalidos	62
Sueños premonitorios	63
El peor negocio	64
El maestro impostor	66
Desprendimiento	67
Naturaleza pacífica	68
El fruto del conocimiento	69
El yogui del silencio	70
La sabiduría dispone de su sabiduría	71
Preguntas improcedentes	72
El monarca ególatra	73
La enseñanza del padre	74
Indigestión espiritual	75
De espaldas a los milagros	77
Adoración	78
El enredador	79
Depende del enfoque	80
El médico	81
Las patrañas de la mente	82
La estratagema del gurú	83

Cuentos espirituales del Himalaya

El maestro impecable	84
La expulsión del discípulo	85
No tengo ni idea	86
El diamante de la sabiduría	88
Aprender a distinguir	89
La muerte de la paloma	90
Hipocresía	91
El teatro de la mente	92
La pócima de la inmortalidad	93
El árbol celestial	94
El tigre y la vaca	95
Las aventuras del mono	96
La justificación	98
Cuestión de imaginación	99
Los petulantes mentirosos	100
El cerdito	102
El peligro de la ostentación	103
Añoranza	104
La plaga	105
La gata y su hijo	107
La vasija de aceite	108
El consejo del faquir	110
La ira de la deidad	112
Los dones de la vaca	113
La mente en lo absoluto	115
El apego al ciervo	116
El sonido del dinero	118
El presente	119
Unidad	120
Una enseñanza sutil	121
Palabras	122
Desesperación	123

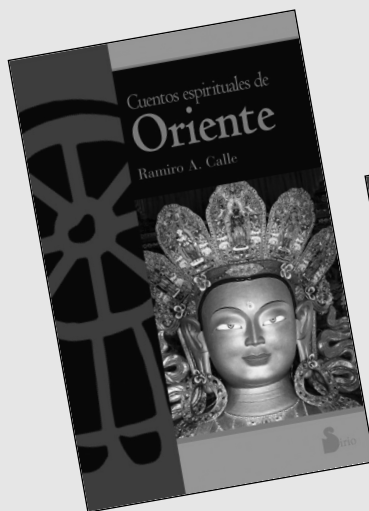


Cuentos espirituales del Himalaya

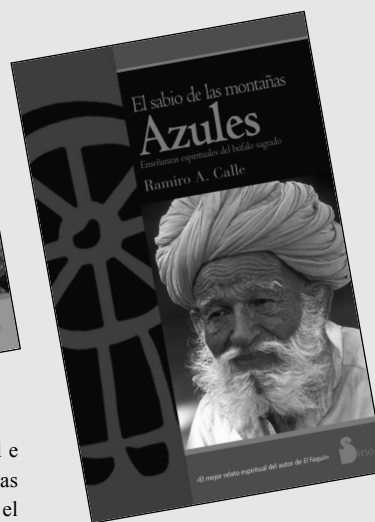
El laúd	125
El faquir	126
El robo	127
El guerrero	128
La hoja de jade	130
La taza de té	131
El águila	133
El pordiosero	134
Amor incondicional	135
Al otro lado del pensamiento	137
El amuleto	139
Libre de ego	141
El liberado-viviente	142
La inspiración del amor	144
Hacer sin hacer	146
¿Acaso sois jueces?	147
La nariz	148
Carne y espíritu	149
La unidad	150

Otros
libros **S**irio

Ramiro Calle



Por su claridad, concisión, amenidad e incluso notable sentido del humor, estas maravillosas historias han obtenido el máximo interés de los lectores.

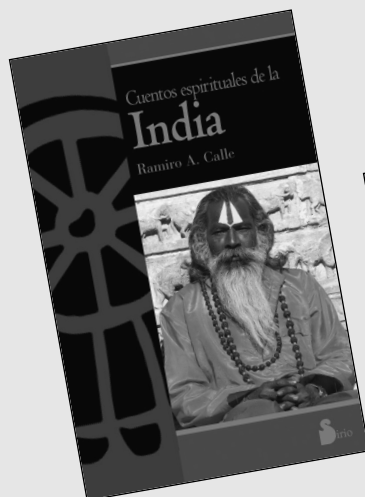


Este cuento le someterá a asombrosos ejercicios para modificar sus actitudes mentales y seguir la senda hacia la paz interior.

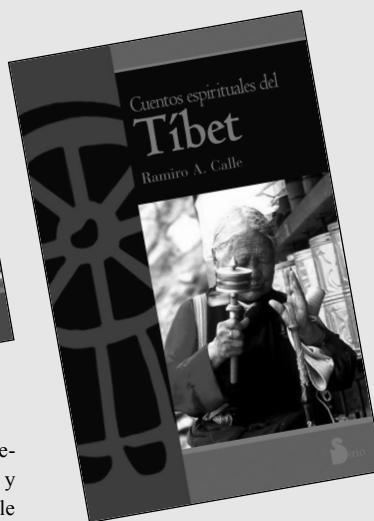
editorial **S**irio

Otros
libros **S**irio

Ramiro Calle



Exquisita colección de inspirados poemas, cuentos populares, parábolas y anécdotas que captan un inmejorable mensaje de amor, compasión, paz interior y unidad con el mundo y con todos sus habitantes.



Los buscadores de lo Trascendente e Inefable hallan referencias para su larga y prometedora búsqueda en esta recopilación de cuentos que despiertan el interés espiritual de todo aquel que los lee.

editorial **S**irio

